

BIBLIOTECA BÁSICA DE AUTORES VENEZOLANOS

Julio Garmendia



La tienda de muñecos

PLAN NACIONAL
DE LECTURA
MANUEL VADELL

Monte Ávila Editores Latinoamericana

Presentación

La lectura como acto individual y colectivo contribuye al desarrollo del pensamiento crítico, al reconocimiento de la historia y al entendimiento de la condición humana y la realidad social. Con el objeto de estimular la lectura en el pueblo venezolano y garantizar que se apropie de las herramientas que le permitan discernir el momento histórico que vivimos, el gobierno venezolano da inicio al Plan Nacional de Lectura Manuel Vadell, coordinado por Ministerio de Cultura y la Plataforma del Libro y la Lectura.

Esta política pública sostiene los esfuerzos para la democratización del acceso al libro y la atención al lector y comunidades lectoras. Ofrecerá formación y capacitación en materia de lectura crítica y escritura creativa mediante una diversa oferta de talleres en

todo el territorio nacional. Asimismo, editará anualmente una serie de publicaciones escritas en Venezuela, que ofrecerá en múltiples plataformas para el libre acceso a estos contenidos.

La tienda de muñecos

Julio Garmendia

Prólogos de Jesús Semprum y José Balza

Epílogos de Domingo Miliani y César Zumeta

BIBLIOTECA BÁSICA DE AUTORES VENEZOLANOS

1º edición en Biblioteca Básica de Autores Venezolanos de Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2004

© Instituto Autónomo Centro Nacional del Libro, 2020, 1º edición

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 20, El Silencio, Caracas - Venezuela, 1010.

Correos electrónicos: cenal@gmail.com

Páginas web: www.cenal.gob.ve

Facebook: Centro Nacional del Libro

Twitter: [@cenalfilven](https://twitter.com/cenalfilven)

Diseño de portada: Helena Maso

Corrección y edición para e-book: Isaac Morales Fernández

Ilustración de portada: *Caja negra*, 2004. Enrique Hernández D' Jesús. Materiales diversos. Medidas: 60 x 40 cm. Colección: Fundación Esta Tierra de Gracia

Depósito Legal: DC2020000239

ISBN: 978-980-6470-71-2



La licencia Creative Commons permite la redistribución comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.

DIGITALIZADO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

Al Dr. Antonio Álamo,

en testimonio de reconocimiento

dedico estas páginas.

Julio Garmendia

París, 1927

Prólogo

Julio Garmendia no tiene antecesores en la literatura venezolana. Durante un siglo nuestras letras han oscilado entre el lirismo delirante y etéreo y la más pesada chacota, sin conocer apenas los matices intermedios. Los «costumbristas» chapoteaban en el barro: los líricos se quedaban en las nubes. Nuestros escritores abren la boca para carcajear en recias explosiones de burla; o ponen los ojos en blanco para suspirar fementidas delicadezas; o fruncen el ceño para prorrumpir en campanudas y falsas contumelias. Aquí y allá pueden recogerse algunas flores de ironía y de buen humor, que apenas alcanzan para formar un ramillete exiguo.

Algunos mozos, sin embargo, están revelando que poseen el don de la ironía genuina, fenómeno a todas luces consolador. Los contrastes humanos ya no los exasperan, amilanan ni entristecen: antes por el contrario, los mueven a curiosidad primero, a tolerancia luego y finalmente a piedad o a risa. Según que descubren lo extraño y lo absurdo de la vida y de las palabras de los hombres, van llegando a la raíz de las desventuras humanas, van conociendo que la herencia del error y de la injusticia nos toca a todos por igual; y de la fraternidad del infortunio surge la piedad como esas flores que nacen en los terrenos húmedos y sombríos y que pintan en la lobreguez de su habitación un reflejo del cielo remoto. Podemos esperar que al lado de la ironía prospere, no enclenque como su melancólica hermana, sino enérgico y vivaz, el amor a la verdad y a la justicia.

Julio Garmendia llegó a Caracas hace pocos años, frisando con los veinte, y fue a parar a la redacción de un diario. Es el caso más curioso de afición a las letras que puede darse. Entró a trabajar en el diario no por necesidad ni por ambición política, como los demás, sino por vocación desinteresada. Entre nosotros, la estrecha puerta del periodismo es la única que conduce a la literatura. Pero lo más curioso es que el periodismo no le marchitó su juvenil amor a las letras puras, ni su preocupación por la claridad y el orden, ni el humor sarcástico, que son las cualidades que resaltan en su temperamento. El periodismo fue para él piedra de toque de la vocación, porque aun metiéndose a periodista, no se metió dentro del rebaño. En Venezuela todo el

que escribe hoy día, escribe como periodista con muy contadas excepciones. Hay quienes pretenden tratar las más graves cuestiones científicas y filosóficas en las páginas de los diarios. Los escritores olvidan, en la premura de la labor urgente, el cuidado de la forma y aun el respeto debido a la lengua. Así, por una especie de desquite, los que disfrutaban de la calma necesaria para atildarla, caen en el extremo del preciosismo, en el amor desaforado por la frase linda, así sea impertinente o impropia. Y así han pasado dos generaciones por nuestra historia literaria, prorrumpiendo en vanos concientos que se desvanecieron pronto en el olvido.

El hecho es que el periodismo no ha contaminado a Garmendia, y que sigue siendo literato antes que periodista. No tiene el desdén de los periodistas por las ideas, no está encenagado en el lugar común, no respeta las frases hechas ni los matrimonios de palabras. Conserva la libertad, la agilidad, la frescura y la delicadeza del espíritu.

En vez de ponerse a pintar cromos claros, cielos turquíes con nubecitas de carmín y vuelos de golondrinas y a regoldar nostalgias apócrifas en prosa empedrada de adjetivos inertes, Garmendia se metió dentro de sí mismo, dentro de su corazón, dentro de su espíritu. Su instinto le avisó que no es contemplando crepúsculos, ni viajando en ferrocarril, ni atravesando el océano, ni pintando acuarelas confusas como se encuentra la inspiración; por eso fue a buscarla en las profundidades de su ser mismo, a los inagotables manantiales de la conciencia. Encontró su camino; y este libro en que nos cuenta sus primeras aventuras de viandante es una ventana encantada que se abre sobre un valle fresco, donde comienzan a dibujarse, con el alba, siluetas expresivas y simbólicas.

Lo que ha escrito Garmendia son cuentos fantásticos, divagaciones desenfadadas, en las cuales nos presenta personajes que son nuevos porque el autor les asigna rasgos peculiares, pero que tienen una dilatada parentela en el mundo de los libros. Su diablo, por ejemplo, es característico. No es un demonio emblemático ni filosófico: es un diablo popular, un diablo afable y de buen humor. El pueblo no ha visto nunca a Pateta con malos ojos. Le profesa cierto temor, pero sabe que en el fondo es un amigo, como fue amigo del siervo medieval en las noches del sábado. En este sentido digo que el diablo de Julio Garmendia es un diablo popular, un diablo a veces lerdo, no enemigo sino compinche, y a veces víctima del hombre; un demonio sin trascendencia, aunque a veces da señales de agudeza y malicia. Así, la aventura del hombre que se propone engañar al diablo y lo consigue, es una conseja antiquísima que Garmendia remoja en *El alma*, uno de los mejores cuentos del libro. Pero el

autor sabe dejar sembrada en el ánimo la sospecha de que acaso fue el diablo quien se burló del hombre, porque tal vez no era menester concederle al hombre el don de la mentira, que fue quizás la sustancia del barro del paraíso en el que Jehová modeló a Adán. Este diablo no es ni siquiera emprendedor. Ronda la habitación de su víctima con incertidumbres de enamorado tímido, y es necesario que el hombre mortal lo tiente con su invitación para que se decida a hacerle al tentador la proposición tradicional de que le venda el alma. Por donde se ve que Satanás no se presenta allí sino donde lo invitan con el deseo: es claro que Satanás es el mal pensamiento que cobra cuerpo fuera del hombre que lo concibe: Satanás es el reflejo del alma humana en el espejo de las cosas.

El diablo es el espíritu de la curiosidad, de la inquietud y de la rebeldía; aunque es poderoso, puede engañarse y engañarnos, pero es preferible engañarse andando con el diablo que no permanecer inmóviles sin él: es preferible la compañía del demonio a la viciosa y estéril contemplación estática. La verdad para el hombre es la acción y toda acción es diabólica. El hombre es por excelencia un ser en acción, y por eso el diablo es tan buen amigo del hombre; por eso el diablo que Garmendia concibe o inventa es un espíritu afable, a veces tímido, y nunca siniestro y protervo, como a la sombra de Dios, como el diablo que resplandece con fuego de furor, ira y envidia en el fondo del averno imaginado por las religiones. Es más o menos el mismo demonio que hace algunos años conversó con el italiano Papini, recién convertido hoy a la fe de Cristo; aunque el del italiano es un demonio con ribetes metafísicos, mientras que el de Garmendia es el verdadero diablo algo simple, concebido no por los teólogos sino por los siervos oprimidos y los campesinos supersticiosos. En la sencillez con que el hombre de Garmendia trata con el príncipe de las tinieblas no deja de haber socarronería. Diríase que lo sabe contagiado de humanidad: el hombre que ha humanizado a los dioses para deificarse él mismo, humaniza al demonio para explicar y acaso para excusar sus propios rasgos diabólicos.

En cuanto a la forma literaria, Garmendia no parece un escritor venezolano de hoy día. Lo que impera en nuestros círculos más o menos literarios es la despreocupación chabacana por la dignidad y limpieza del lenguaje, la garrulería, el afán de palabras pintorescas, el vocabulario de toreros, tiples y conferenciantes madrileños, germanía grotesca e innoble. Sin zarandajas, ni floreros retóricos, su prosa es sobria y clara y su verdadero mérito consiste en exponer sus ideas vedadas por un manto diáfano, a través del cual vemos chispear la malicia. Ello testimonia

que Garmendia concibe con claridad y precisión lo que quiere expresar o sugerir, sin la vaguedad y confusión tan comunes hoy en nuestras letras.

En estas narraciones la ironía asume a veces cierto sabor de sátira. Es natural. Probablemente las letras venezolanas pasarán del tono sentimental y élego de hoy a la serenidad de la salud con un puente de sarcasmos. Los sarcasmos destruirán a los embustes y sofismas de muchos años y permitirán reanudar el hilo de la tradición, continuar la obra de los antepasados.

La fantasía de Garmendia denota poseer un íntimo orden lógico que le imprime a su producción cierta unidad intrínseca, la consistencia de una obra engendrada en la perseverante cavilación, no fortuitamente concebida en intermitentes devaneos de fiebre literaria.

En nuestra literatura, poblada ahora de ceños encapotados, de ayes y de suspiros en el claro de luna, la sonrisa de Julio Garmendia parecerá sin duda irreverente y profana. Aquellas quejumbres, si apócrifas, son máscara de hipocresía; si verídicas, señales de endebles. Esta sonrisa es testimonio de sano equilibrio. Contrasta en su esplendor ingenuo y jovial con las oscuras muecas de la sensualidad, del escepticismo y del desconsuelo: denota vida, salud y esperanza.

Jesús Semprum

Nueva York, 1925

Mediodía

A las once y media reviso el orden de la oficina y bajo diez pisos. Enseguida, un trozo de autopista; la avenida México. Tengo suerte: hay donde estacionar y me apresuro. Van a ser las doce; él dijo que estaría en la librería un poco antes. Los amigos de El Gusano de Luz informan que no ha venido. Hojeo libros, y muy pronto lo veo llegar.

Caluroso, dispuesto a sonreír y a contener, ajeno —como ningún otro hombre mayor que yo conozca— a la charla incesante, don Julio Garmendia, con quien estaba citado, me invita a pasar al fondo de la librería. Ofrece un pequeño asiento: «Éste es más cómodo», mientras él elige un banquito de madera contra la luz de una ventana. Estamos en el depósito: papeles, libros. Hace cinco meses que no nos vemos; lo encuentro levemente menos delgado. Su pelo blanco, el rostro claro, atento. Un saco oscuro y la corbata roja. En otros escritores maduros he visto la fineza social y malévola; don Julio es cuidadoso y discreto, y la densidad de su ironía no está preparada: acude, fulminante, con espontaneidad.

Casi por mutuo acuerdo (un acuerdo anterior a la decisión de vemos) estamos aquí. Nada de importancia externa va a ocurrir durante la entrevista. Sin embargo, debido quizás sólo a la estrechez del local, a su silencio y a esta intimidad mental, será posible que don Julio diga hoy tantas cosas valiosas para mí. Aún ahora crece la luminosa y reveladora atmósfera de aquel momento, don Julio —misterioso, incapaz de hablar sobre sí mismo, cerrado para cuanto signifique tocar personalmente su narrativa, maestro de las humorísticas (y no hirientes) evasivas— comienza por aceptar el lanzamiento de una tercera edición para La Tuna de Oro (las otras son de 1951 y 1973). Aunque agradece el trabajo de los diseñadores anteriores, querría que esta vez la portada fuese blanca, sólo con los títulos imprescindibles. Así se lo ofrecemos, a nombre de la Universidad. La conversación es lenta y sin embargo vibrátil. Perspicaz, lúcido, este hombre de 77 años sabe matizarla y convertir sus palabras en indirecta sabiduría. Cómo se hacen preferibles sus silencios y sus frases ceñidas ante la frecuente habladora, tan abrumadora y anecdótica de nuestros

«poetas». Mi sorpresa aumenta: ahora don Julio (cosa que se le ha sugerido hacer cien veces en los últimos años) se entusiasma con la idea —¡por fin!— de reeditar La tienda de muñecos. Lo apoyo: es imprescindible un alto tiraje. Agotado hoy, este primer libro de cuentos suyos, circuló en las ediciones de 1927y 1970.

Sé cuán lábil es su celosa introspección y hoy, al verlo, intuí que esta mañana iba a ser nutritiva: quiero obtener mil datos, pero no puedo adelantar ningún énfasis, porque entonces él recogería esa tersa confianza a la cual arribo después de largo tiempo. Lo dejo hablar imaginando la ayuda de un grabador invisible de casetes que recojan el momento privilegiado; pero nada tengo, además la obligatoria presencia de los instrumentos cerraría esta fragmentaria enumeración hacia la cual me lleva. Quedo resignado a mirar su imagen contra la luz (un boceto de Monsanto) y a fijar casi dolorosamente cuanto diga. (Todo ocurrió hoy; sólo ahora en la madrugada puedo recoger los datos, desarrollarlos con calma; pero la impresión de luminosidad y equilibrio que don Julio produce, persiste.)

Hace cinco meses —me dice— al volver a Barquisimeto después de muchísimos años sin hacerlo, don Julio caminó durante la primera tarde por las calles en las que había algo suyo, borroso y perdido para el hombre actual, pero nítido, cálido para el niño que fue. Allí mismo supo que esa «infancia doble» —la de ahora, la de antes— iba a reclamar su escritura, y pensó en un libro de historias entrecruzadas sobre su propia infancia. Correspondiendo a ese impulso, al regresar a Caracas, don Julio cambió su estilo de trabajo (ignoró mi curiosidad por saber cómo lo hacía antes): desde hace como cinco meses, cada día, luego de tomar varios cafés con leche grandes, comienza a escribir en las mañanas, temprano. Y se detiene muy tarde, a las tres o a las cuatro. «Mientras uno se da cuenta que es mediodía, la mañana dura», confirma. Y en esas largas jornadas, antes de almorzar al atardecer, trabaja. Noto su entusiasmo, su vigor mental: jamás le conocí tal plenitud. (Asoma que el nuevo libro podría llamarse Coche de tres caballos.)

A don Julio le gusta el sueño. «Es algo que mantiene a uno en contacto con mundos subterráneos, necesarios». Vive en un hotel «para parejas», en el centro de la ciudad. Su habitación, con libros y gatos: allí escribe, a mano. Será después, y muy lentamente, cuando comenzará a trabajar con la máquina esos relatos, cuyas correcciones —infinitas—pueden prolongarse durante décadas. (Hace poco a medianoche localicé el Hotel. Lo miré desde afuera adivinando la huella y el paso de esa imaginación secreta que le da calor. Es una calle ciega que termina casi

simbólicamente en escalinatas. Cuántos ángulos de la vieja ciudad —hoy apenas visibles por el neón, los semáforos y la avenida más próxima— pueden intuirse allí. Crucé el breve pasillo del hotel y tras alguna de las puertas cerradas pude oler el humo de un sueño que cada día abandona a su soñador para permitirse estar con nosotros, como estaba a mediodía don Julio conmigo.)

También hablamos de la escritura cumplida a partir de 1951: cubre aproximadamente dieciséis cuentos («Algunos pueden ser buenos», apunta él, con verdad) sobre temas fantásticos y temas relacionados con la niñez. Así se ha formado un volumen: Pelo de paja («Pelo de paja es una mujer», dice don Julio). Cada libro de relatos es una síntesis de libertad, comenta, porque el autor puede hacer allí lo que quiera, al disponer el orden de los cuentos: alejar y aproximar temas, etc.

A la una en punto nos despedimos con un café. Vuelvo a la calle, al tráfico; miro al hombre sereno que ingresa a la multitud. Nada ha pasado, pero me exalta el privilegio de esta conversación pura, plena en sí misma, el breve contacto con un hombre a quien envuelve la gloria pero que se detiene a su borde, conociéndola casi en un grado de ignorancia. Y yo pienso borrar toda interferencia mía, para que en la conciencia sólo persistan sus palabras, su imagen de hace un momento y, arrancándolo del tiempo, el perfil de este escritor nacido cerca de Barquisimeto en 1898. Hoy he revisado el diseño de sus cuentos, certeras investiduras del lenguaje y de la ficción, creados cuando la sensibilidad literaria del continente aún dormía o repetía las modulaciones del siglo XIX. Y a partir de esa lectura, puedo ver a Julio Garmendia, tenue, concentrado, durante su arribo a Caracas, en 1915. Nada más decisivo para este hombre que el silencio. Y ahora lo veo viajando a Roma, en el 23, prolongando una ausencia de diecisiete años que consumirá su juventud con el trasfondo de París, Genova, Copenhague o Viena. Hasta que en 1940 el maravilloso fantasma venga a quedarse entre nosotros. Y aquí está: lo encontré a mediodía, escuché su voz algo lejana, pero nunca estaré seguro de si no fue mi lectura —hoy— de donde escapó el delgado duende, para hacerme creer que hablé con don Julio, con ese hombre capaz de dar unos pasos en el siglo pasado y de estar conmigo ahora, probando su aguda disposición para dudar de la escritura, de su propia narrativa, en la cual, sin embargo, inscribió el destino de la literatura venezolana.

Huidizo, ajeno a honores y a consagraciones, el Julio Garmendia profetizado por Semprum y Zumeta, se mantendrá brumosamente escudado durante casi medio

siglo de cultura venezolana, por dos libros un tanto marginales: La tienda de muñecos y La Tuna de Oro. Hacia 1955, otro narrador de su estirpe, Guillermo Meneses, justamente cuando acababa de publicar La mano junto al muro y El falso cuaderno de Narciso Espejo, sus obras de mayor perfección, opina así sobre Julio Garmendia:

Nacido en el umbral del siglo XX, Julio Garmendia da a la cuentística venezolana su valiosísima nota personal, justamente apreciada muchos años más tarde. Los cuentos de Garmendia entran a nuestra literatura en un momento en que los escritores venezolanos son, casi exclusivamente, nacionalistas hasta la xenofobia, sarcásticos hasta la chistosa vulgaridad, anárquicos hasta la embriaguez de la protesta por todo y contra todo. El primer libro de Garmendia —La tienda de muñecos— es la obra de un autor que crea territorios literarios para sus personajes, que razona e ironiza con sonrisa comprensiva, que lleva los problemas humanos a climas intelectuales donde la pasión se aquieta en serenos pozos de belleza. Los personajes de Garmendia no pretenden ser más que eso; el autor no desea que se les confunda con hombres; son producto de la sensibilidad, de la concepción poética y sus movimientos obedecen al gracioso dibujo de un pensamiento armonioso que realiza, con delicada sabiduría, el juego de la creación artística.

Las formas que crean los cuentos de Garmendia, los enigmas que plantean y descubren, pertenecen a la grata y clara razón del escritor, quien dialoga con sus criaturas un texto admirable de justezas, en el terreno de las posibilidades que él mismo ha determinado. Julio Garmendia es un cuentista ejemplar (Antología del cuento venezolano).

Aunque algunos estudiosos leyeron siempre con afecto a Garmendia, fue a partir de los años sesenta cuando se inició un amplio reconocimiento para sus breves libros. Julio Garmendia (1898-1977) ha sido el más literario ya la vez el más realista de nuestros narradores. Su relato «El cuento ficticio» no sólo seduce por su suave ironía sobre ciertos abismos de la ficción, sino que resulta ser un lúcido manifiesto sobre algunos polos de lo imaginario en el continente, tal como iba a ser concebido por Borges o por Cortázar después.

En todo caso, las historias y la prosa de Julio Garmendia guardan el secreto de una mirada inesperada (picara, profunda) sobre acontecimientos y posibilidades humanas de siempre.

José Balza

Caracas, octubre de 1975

La tienda de muñecos

No sé cuándo, dónde ni por quién fue escrito el relato titulado «La tienda de muñecos». Tampoco sé si es simple fantasía o si será el relato de cosas y sucesos reales, como afirma el autor anónimo; pero, en suma, poco importa que sea incierta o verídica la pequeña historieta que se desarrolla en un tenducho. La casualidad pone estas páginas al alcance de mis manos, y yo me apresuro a apoderarme de ellas. Hélas aquí:

LA TIENDA DE MUÑECOS

«No tengo suficiente filosofía para remontarme a las especulaciones elevadas del pensamiento. Esto explica mis asuntos banales, y por qué trato ahora de encerrar en breves líneas la historia —si así puede llamarse— de la vieja Tienda de Muñecos de mi abuelo, que después pasó a manos de mi padrino, y de las de este a las mías. A mis ojos posee esta tienda el encanto de los recuerdos de familia, y así como otros conservan los retratos de sus antepasados, a mí me basta, para acordarme de los míos, pasear la mirada por los estantes donde están alineados los viejos muñecos, con los cuales nunca jugué. Desde pequeño se me acostumbró a mirarlos con seriedad. Mi abuelo, y después mi padrino, solían decir, refiriéndose a ellos:

—¡Les debemos la vida!

No era posible que yo, que les amé entrañablemente a ambos, considerara con ligereza a aquellos a quienes adeudaba el precioso don de la existencia.

Muerto mi abuelo, mi padrino tampoco me permitió jugar con los muñecos, que permanecieron en los estantes de la tienda, clasificados en orden riguroso, sometidos a una estricta jerarquía, sin que jamás pudieran codearse un instante los ejemplares de diferentes condiciones; ni los plebeyos andarines que tenían cuerda suficiente para caminar durante el espacio de un metro y medio en superficie plana,

con los lujosos y aristócratas muñecos de chistera y levita, que apenas si sabían levantar con mucha gracia la punta de los pies elegantemente. A unos y otros, mi padrino no les dispensaba más trato que el imprescindible para mantener la limpieza en los estantes donde estaban ahilerados. No se tomaba ninguna familiaridad ni se permitía la menor chanza con ellos. Había instaurado en la pequeña tienda un régimen que habría de entrar en decadencia cuando entrara yo en posesión del establecimiento, porque mi alma no tendría ya el mismo temple de la suya y se resentiría visiblemente de las ideas y tendencias libertarias que prosperaban en el ambiente de los nuevos días.

Por sobre todas las cosas, él imponía a los muñecos el principio de autoridad y el respeto supersticioso al orden y las costumbres establecidas desde antaño en la tienda. Juzgaba que era conveniente inspirarles temor y tratarlos con dureza a fin de evitar la confusión, el desorden, la anarquía, portadores de ruina así en los humildes tenduchos como en los grandes imperios. Hallábase imbuido de aquellos erróneos principios en que se había educado y que procuró inculcarme por todos los medios; y viendo en mi persona el heredero que le sucedería en el gobierno de la tienda, me enseñaba los austeros procederes de un hombre de mando. En cuanto a Heriberto, el mozo que desde tiempo atrás servía en el negocio, mi padrino le equiparaba a los peores muñecos de cuerda y le trataba al igual de los maromeros de madera y los payasos de serrín, muy en boga entonces. A su modo de ver, Heriberto no tenía más sesos que los muñecos en cuyo constante comercio había concluido por adquirir costumbres frívolas y afeminadas, y a tal punto subían en este particular sus escrúpulos, que desconfiaba de aquellos muñecos que habían salido de la tienda alguna vez, llevados por Heriberto, sin ser vendidos en definitiva. A estos desdichados acababa por separarlos de los demás, sospechando tal vez que habían adquirido hábitos perniciosos en las manos de Heriberto.

Así transcurrieron largos años hasta que yo vine a ser un hombre maduro y mi padrino un anciano idéntico al abuelo que conocí en mi niñez. Habitábamos aún la trastienda, donde apenas si con mucha dificultad podíamos movemos entre los muñecos. Allí había nacido yo, que así, aunque hijo legítimo de honestos padres, podía considerárseme fruto de amores de trastienda, como suelen ser los héroes de cuentos picarescos.

Un día mi padrino se sintió mal.

—Se me nublan los ojos —me dijo— y confundo los abogados con las pelotas de goma, que en realidad están muy por encima.

—Me flaquean las piernas —continuó, tomándome afectuosamente la mano— y no puedo ya recorrer sin fatiga la corta distancia que te separa de los bandidos. Por estos síntomas conozco que voy a morir, no me prometo muchas horas de vida, y desde ahora heredas la Tienda de Muñecos.

Mi padrino pasó a hacerme extensas recomendaciones acerca del negocio. Hizo luego una pausa durante la cual le vi pasear por la tienda y la trastienda su mirada ya próxima a extinguirse. Abarcaba así, sin duda, el vasto panorama del presente y del pasado, dentro de los estrechos muros tapizados de figurillas que hacían sus gestos acostumbrados y se mostraban en sus habituales posturas. De pronto, fijándose en los soldados que ocupaban un compartimiento entero en los estantes, reflexionó:

—A estos guerreros les debemos largas horas de paz. Nos han dado buenas utilidades. Vender ejércitos es un negocio pingüe.

Yo insistía cerca de él a fin de que consintiera en llamar médicos que lo vieran. Pero se limitó a mostrarme una gran caja que había en un rincón.

—Encierra precisamente cantidad de sabios, profesores, doctores y otras eminencias de cartón y profundidades de serrín que ahí se han quedado sin venta y permanecen en la oscuridad que les conviene. No cifres, pues, mayores esperanzas en la utilidad de tal renglón. En cambio, son deseables las muñecas de porcelana, que se colocan siempre con provecho; también las de pasta y celuloide suelen ser solicitadas, y hasta las de trapo encuentran salida. Y entre los animales —no lo olvides—, en especial te recomiendo a los asnos y los osos, que en todo tiempo fueron sostenes de nuestra casa.

Después de estas palabras mi padrino se sintió peor todavía y me hizo traer a toda prisa un sacerdote y dos religiosas. Alargando el brazo, los tomé en el estante vecino al lecho.

—Hace ya tiempo —dijo, palpándolos con suavidad—, hace ya tiempo que conservo aquí estos muñecos que difícilmente se venden. Puedes ofrecerlos con el

diez por ciento de descuento, lo cual equivaldrá a los diezmos en lo tocante a los curas. En cuanto a las religiosas, hazte el cargo que es una limosna que les das.

En este momento mi padrino fue interrumpido por el llanto de Heriberto, que se hallaba en un rincón de la trastienda, la cabeza cogida entre las manos, y no podía escuchar sin pena los últimos acentos del dueño de la Tienda de Muñecos.

—Heriberto —dijo, dirigiéndose a este— no tengo más que repetirte lo que tantas veces ya te he dicho: que no atiples la voz ni manosees los muñecos.

Nada contestó Heriberto, pero sus sollozos resonaron de nuevo, cada vez más alto y más destemplados.

Sin duda, esta contrariedad apresuró el fin de mi padrino, que expiró poco después de decir aquellas palabras. Cerré piadosamente sus ojos y enjugué en silencio una lágrima. Me mortificaba, sin embargo, que Heriberto diera mayores muestras de dolor que yo. Sollozaba ahogado en llanto, mesábase los cabellos, corría desolado de uno a otro extremo de la trastienda. Al fin me estrechó en sus brazos:

—¡Estamos solos! ¡Estamos solos! —gritó.

Me desasí de él sin violencia, y señalándole con el dedo el sacerdote, el feo doctor, las blancas enfermeras, muñecos en desorden junto al lecho, le hice señas de que los pusiera otra vez en sus puestos...».

El cuento ficticio

Hubo un tiempo en que los héroes de historias éramos todos perfectos y felices, al extremo de ser completamente inverosímiles. Un día vino en que quisimos correr tierras, buscar las aventuras y tentar la fortuna, y andando y desandando de entonces acá, así hemos venido a ser los descompuestos sujetos que ahora somos, que hemos dado en el absurdo de no ser absolutamente ficticios, y de extraordinarios y sobrenaturales que éramos nos hemos vuelto verosímiles, y aun verídicos y hasta reales... ¡Extravagancia! ¡Aberración! ¡Como si así fuéramos otra cosa que ficticios que pretendemos dejar de serlo! ¡Como si fuera posible impedir que sigamos siendo ilusorios, fantásticos e irreales aquellos a quienes se nos dio, en nuestro comienzo u origen, una invisible y tenaz torcedura en tal sentido!... Yo — ¡palabra de honor!— conservo el antiguo temple ficticio en su pureza. Soy nada menos que el actual representante y legítimo descendiente y heredero en línea recta de los inverosímiles héroes de los Cuentos Azules de que ya no se habla en las historias, y mi ideal es restaurar nuestras primeras perfecciones, bellezas e idealismos hoy perdidos: regresar todos —héroes y heroínas, protagonistas y personajes, figuras centrales y figurantes episódicos—, regresar, digo, todos los ficticios que vivimos, a los Reinos y reinados del país del Cuento Azul, clima feliz de lo irreal, benigna latitud de lo ilusorio. Aventura verdaderamente imaginaria, positivamente fantástica y materialmente ficticia de que somos dignos y capaces los que no nacimos sujetos de aventuras policiales de continuación o falsos héroes de folletines detectivescos. Marcha o viaje, expedición, conquista o descubrimiento, puestos bajo mi mando supremo y responsabilidad superior.

Mi primer paso es reunir los datos, memorias, testimonios y documentos que establecen claramente la existencia y situación del país del Cuento Inverosímil. ¿Necesito decirlo? Espíritus que se titulan fuertes y que no son más que mezquinos se empeñan en pretender que nunca ha existido ni puede existir, siendo por naturaleza inexistente, y a su vez dedícase a recoger los documentos que tienden a probar lo contrario de lo que prueban los míos: como si hubiera algún mérito en no creer en los Cuentos Fabulosos, en tanto que lo hay muy cierto en saber que sí

existieron. Como siempre sucede en los preámbulos de toda grande empresa, los mismos que han de beneficiar de mis esfuerzos principian por negarse a secundarme. Como a todo gran reformador, me llaman loco, inexperto y utopista... esto sin hablar de las interesadas resistencias de los grandes personajes voluminosos, o sea los que en gruesos volúmenes se arrellanan cómodamente y a sus anchas respiran en un ambiente realista; ni de los fingidos menosprecios de los que por ser de novela o de novelón, o porque figuran en novelín, lo cual nada prueba, se pretenden superiores en rango y calidad a quienes en los lindes del Cuento hemos nacido, tanto más si orígenes cuentísticos azules poseemos.

Pero no soy de aquellos en quienes la fe en el mejoramiento de la especie ficticia se entibia con las dificultades, que antes exaltan mi ardor. Mi incurable idealismo me incita a laborar sin reposo en esta temeraria empresa: y a la larga acabaré por probar la existencia del País del Cuento Improbable a estos mismos ficticios que hoy la niegan, y hacen burla de mi fe, y se dicen sagaces sólo porque ellos no creen, en tanto que yo creo, y porque en el transcurso de nuestro exilio en lo Real se han vuelto escépticos, incrédulos y materialistas en estas y otras muchas materias; y no solamente he de probarles, sino que asimismo los arrastraré a emprender el viaje, largo y penoso, sin duda, pero que será recompensado por tanta ventura como ha de ser la llegada, entrada y recibimiento en el país del Cuento Ilusorio, cuyo solo anuncio ya entusiasma, de las turbas de ficticios de toda clase y condición, extenuados, miserables y envejecidos después de tanto correr la realidad y para nunca más reincidir en tamaña y fatal desventura.

Algunos se habrán puesto a dudar del desenlace, desalentados durante la marcha por la espera y la fatiga. No dejarán de reprocharme el haberles inducido a la busca o rebusca del Reino Perdido, en lo cual, aun suponiendo, lo que es imposible, que nunca lo alcanzáramos, no habré hecho sino realzarlos y engrandecerlos mucho más de lo que ellos merecen; y como ya empezarán por encontrar lo inencontrable, procuraré alentarlos con buenas palabras, de las que no dejará de inspirarme la mayor proximidad del Cuento Irreal y la fe que tengo y me ilumina en su final descubrimiento y posesión. Ya para entonces ha de ser el buen viejo de los cuentos o de las fábulas, de luengas barbas blancas, apoyado en grueso bastón, encorvado bajo el peso de las alforjas sobre el hombro; y al pasar por un estrecho desfiladero entre rocas o por alguna angosta garganta entre peñas, y desembocar delante de llanuras, esto al caer de alguna tarde, extendiendo la mano al horizonte les mostraré a mis

ficticios compañeros, cada vez más ralos y escasos junto a mí, cómo allá lejos, comienza a asomar la fantástica visión de las montañas de los Cuentos Azules...

Allí será el nuevo retoñar de las disputas y el mirarse de soslayo para comunicarse nuevas dudas, y el inquirir si tales montañas no son más bien las muy reales, conocidas y exploradas montañas de tal o cual país naturalmente montañoso donde por casualidad nos hallaríamos, y el que si todas las montañas de cualquier cuento o país que fueren no son de lejos azules... ¡Y yo volveré a hablar de la cercana dicha, de la vecina perfección, de la inminente certidumbre ya próxima a tocarse con la mano!

Así hasta que realmente pisemos la tierra de los Cuentos Irreales, adonde debemos de llegar un día u otro, hoy o mañana, dentro de unos instantes quizás, y donde todos los ficticios ahora relucientes y radiantes vienen a pedirme perdón de las ofensas que me hicieron, el cual les doy con toda el alma puesto que estamos ya de vuelta en el Cuento en el que acaso si alguna vez, por único contratiempo o disgusto, aparece algún feo jorobado, panzudo gigante o contrahecho enano. Bustos pequeños y grandes estatuas, aun ecuestres, perpetúan la memoria de esta magna aventura y de la ciencia estudiada o el arte no aprendido con que desde los países terrestres y marítimos, o de tierra firme e insular, o de aguas dulces y salobres, supe venir hasta aquí, no solo, sino trayendo a cuantos quisieron venir conmigo y se arriesgaron a desandar la Realidad en donde habían penetrado. Mis propios detractores se acercan a alabar y celebrar mi nombre, cuando mi nombre se alaba ya por sí mismo y se celebra por sí solo. Los gordos y folletinescos poderosos que ayer no se dignaban conocerme ni sabían en qué lengua hablarme, olvidan su desdén por los cuentísticos azules, y pretenden tener ellos mismos igual origen que yo, y además haberme siempre ayudado en mis comienzos oscuros, y hasta lo prueban, cosa nada extraña en el dominio de los Cuentos Imposibles, Inverosímiles y Extraordinarios, que lo son hoy más que nunca... Mi *hoja de servicios* ficticios es, en suma, de las más brillantes y admirables. Se me atribuyen todas dotes, virtudes y eminentes calidades, además de mi carácter ya probado en los ficticios contratiempos. Y, en fin, de mí se dice: *Merece bien de la Ficción*, lo que no es menos ilustre que otros méritos...

Por lo cual me regocijo en lo íntimo del alma, me inclino profundamente delante de Vosotros, os sonrío complacido y me retiro de espaldas haciéndoos grandes reverencias...

El alma

1

¿Qué viene a buscar el diablo en mi aposento? ¿Y por qué se toma la molestia de tentarme? Me permito creer que es cuando menos una redundancia y una inconcebible falta de economía en la distribución de tentaciones entre los hombres, el hecho de que se me acerque Satán con el objeto de rendirme a su poder. Nunca requerí su presencia para caer en pecado. En cambio, seguramente viven a estas mismas horas personas suficientemente virtuosas para que pueda el Maligno ocuparse con fruto en inducirlos a pecar. Existen sin duda muchas gentes honradas que muy bien pudieran ser digna ocupación del Diablo...

En estas reflexiones me había engolfado, viendo cómo rondaba el Maligno alrededor de mi aposento. No se atrevía a penetrar todavía, pero acercábase a la ventana y enviaba hacia adentro miradas llenas de ternura e interés. Satán, no cabía duda, procedía conmigo a la manera que con una doncella a quien temía asustar y correr para siempre si le hacía violentamente sus proposiciones. Quise, pues, adelantármele, fui a llamarle y le hice entrar. Comprendió al punto la verdadera situación en que me hallaba y tomó asiento a mi lado sin inmutarse en lo más mínimo.

—Caballero —me dijo—, aspiro a compraros vuestra alma.

No podía sorprenderme su propuesta, porque biensabía yo que se ocupaba él desde mucho tiempo atrás en esta clase de transacciones.

—¡Ah, caballero! —le dije— ¡Con cuánto gusto accedería a vuestra demanda! Pero, decidme, ¿acaso estáis seguro de que tenga alma?

—No, por cierto —me respondió—, y antes de cerrar el pacto tendríamos que averiguarlo a punto fijo. Trátase de una compraventa y cualquier abogado, aunque no sea de los más notables, os dirá que para que una cosa pueda venderse o

comprarse, es preciso que exista. Averiguaremos si lleváis alma en vuestro cuerpo (porque hay muchos que no la tienen), y en caso afirmativo, no temáis vendérmela enseguida.

—Tampoco temería vendérosela si no la tuviera. Y lo haría sin sombra de escrúpulo, porque, no poseyendo alma perdurable, ¿cómo podría castigárseme en otra vida por una mala acción?

—Caballero —repuso el Maligno— formalicemos nuestro negocio. Oíd: viviremos ambos como amigos y camaradas inseparables durante cierto tiempo, y, mientras tanto, os observaré cuidadosamente para ver si descubro en vos indicios de un alma libre y soberana.

Le estreché la mano con efusión.

—Si queréis —le dije—, desde luego podemos empezar nuestras correrías y ver si nos presenta el azar circunstancias extraordinarias y trances excepcionales en los cuales haya ocasión para darse a conocer un alma verdaderamente inmortal.

II

—¿Podrías decirme, amigo Satán, si habéis descubierto un alma dentro de mí? Si la habéis hallado decídmelo en seguida para que juntos determinemos su valor; y si creéis que no poseo ninguna, no temáis decírmelo claramente, porque no ocasionaréis con ello ningún disgusto ni mucho menos me creeré ofendido porque me digáis desalmado. Al contrario, el no poseer alma ninguna me libraré de infinitas preocupaciones y responsabilidades molestas. Nuestro cuerpo es inofensivo y no pretende pasar de la tumba. Pero el alma nos expone a mil peligros e incertidumbres. Por lo pronto, la sola probabilidad de tenerla me hace ya andar en vuestra compañía.

—Amigo mío —me contestó Satán, poniéndome amistosamente la mano sobre el hombro—: me veo en la obligación de manifestaros, después de tantos ensayos y experimentos infructuosos, que aún no he podido averiguar con certeza si poseéis en vuestro cuerpo esa esencia inmortal. La averiguación del alma es asunto difícil y sólo dispongo de un modo que permitiría esclarecerlo enseguida. Es el siguiente,

que os propongo como el mejor y más expedito, y de cuyos inequívocos resultados estoy seguro: os daré muerte (el género de muerte que queráis escoger) y pasado brevísimo tiempo os haré revivir mediante mi poder satánico y volveréis a ser idénticamente el mismo. El procedimiento, como podéis apreciarlo, es muy sencillo: durante el tiempo en que permanezcáis muerto, si tenéis alma, esta se expandirá en infinitas perspectivas extraterrenas y visiones celestes e infernales, de las cuales os acordaréis perfectamente después mediante una fórmula mágica que yo tendré el cuidado de pronunciar al volveros a la vida. Si, por el contrario, carecéis de alma perdurable después de la muerte, esta se reducirá para vos a un sueño denso del que no conservaréis memoria. En cuanto a los medios más adecuados para daros muerte, opino que es preferible la cómoda estrangulación, procedimiento que no requiere instrumento ni aparato alguno.

Acepté el ingenioso expediente imaginado por Satán, quien me estranguló de manera afectuosa, en medio de la amistad más cordial y el compañerismo más estrecho, una noche del mes de enero, en el rincón de una plaza pública, a la sazón desierta bajo la luna clara y redonda. Recuerdo con exactitud minuciosa el sitio del crimen. A pocos pasos dormitaba un guardia envuelto en su gran capucha negra, y tuve el placer de dejarme estrangular a la vista de un guardia público, sin rebajarme a pedirle socorro.

—Os recomiendo encarecidamente mi cadáver. Miradlo con ojos paternales y cuidado de que no se estropee el rostro, pues ya lo fue bastante por la impía Naturaleza, con grave atropello de la perfección física.

Tales fueron mis últimas voluntades. Al extinguirme a manos de Satán, mi mirada recayó al azar en el claro disco de la luna, donde quedó fija hasta que perdí el conocimiento.

III

—Espero ansioso vuestro relato de ultratumba —fueron las primeras palabras que oí de Satán al volver de aquel sueño en el que nada me había sido dado contemplar ni sentir: seguramente por haber muerto con la mirada fija en la luna llena, mi permanencia en el reino ultramundano se redujo de manera lastimosa a ver una

infinidad de globos que no expresaban ningún ingenio ni mucho menos podían ser indicios por donde se coligiera la presencia de un espíritu soberano.

—No cabe duda —razonaba yo en tan críticos instantes— que ha sido este un fallecimiento estúpido, propio más bien de alguien que hubiera muerto de fiebre delirando con globos de colores. ¡Ah, no! Satán no se desternillará de risa oyéndome contar semejantes sandeces, indignas y groseras manifestaciones del espíritu inmortal que indudablemente me anima. Porque ahora, después de este importante experimento y de tantos otros en que he dilapidado el tiempo y arriesgado la existencia, soy de opinión que no debo permanecer indiferente a los resultados, sino antes bien hacerme pasar como poseedor de un alma preciosísima, para resarcirme de este modo, con lo que Satán me entregue en cambio de ella, de las pérdidas cuantiosas que debo estar sufriendo en mis negocios durante el largo tiempo que llevo desatendiéndolos por andar con el Maligno en la averiguación de mi alma. Tanto más cuanto que muy bien pudiera ser que el mismo Satán me haya adormecido fraudulentamente el espíritu perdurable, a fin de persuadirme de mi inferioridad y decidirme a venderle a precio vil un alma poco significativa.

Pero ya no era posible coordinar nada, y la voz del Maligno me apremiaba a contarle el resultado.

Resolvíme, pues, a abrir los ojos.

—Quisiera tener algún tiempo para coordinar mis ideas y mis recuerdos, ¡oh, Satán! —le dije—, porque he visto cosas inverosímiles que no me atrevo a narrar en un lenguaje improvisado e inelocuente. Os prometería componer en breve una interesante memoria, que sometería a vuestro criterio y en la cual os narraría hasta los ínfimos pormenores. Pero como seguramente estáis ya harto de este asunto, que os ha retenido bastante tiempo y que para vos debe carecer de novedad, os diré a grandes rasgos lo sucedido. Apenas muerto, pude ver unos astros que se alineaban en dos filas, como una soberbia iluminación para el paso de alguna gran Potestad. A poco me sentí impulsado por una fuerza desconocida y (cosa a que jamás me hubiese atrevido sin la intervención de un poder ajeno a mi voluntad) recorrí de manera lenta y ceremoniosa aquella galería astral y aun tuve calma para observar que detrás de mí, las luminarias íbanse apagando sucesivamente a mi paso. Al final de la galería se abrió de pronto una puerta de oro macizo que arrojó hacia fuera una gran bocanada de luz aún más intensa. Por aquella preciosa Puerta apareció un Pontífice (así por lo menos lo supongo en mi ignorancia) que avanzó dos pasos

hasta encontrarse conmigo. Tomándome de la mano, me condujo a la Puerta y me mostró algo que seguramente debía ser admirable, pero que yo no pude ver a causa de la luz excesiva que reinaba en el recinto. Luego me atrajo suavemente e imponiéndome ambas manos sobre la cabeza se disponía a consagrarme sabe Dios de qué cosa; pero en aquel instante recordé bruscamente que no debía permitir que se me consagrara en lo más mínimo, en vista de nuestro pacto satánico. A la vez recordé en el propio instante que nos había dejado en situación difícil, con un cadáver a pocos pasos de un guardia público, y que si este despertaba de pronto, para ponerlos en salvo os veríais en el caso de abandonar mi cadáver, el cual sería desdorosamente conducido a un hospital cualquiera. Así, pues, me dejé caer violentamente al suelo y me escurrí por entre las faldas del gran sacerdote, en momentos en que este tenía puestos los ojos en blanco por hallarse en éxtasis para atraer con su fervor la divina bendición sobre mi cabeza. El paso por debajo de aquel gran sacerdote fue largo y penoso, y sólo puedo decir que durante el trayecto nada me indujo a recordar la ambrosía. En carrera fantástica llegué hasta aquí y penetré rápidamente en mi cuerpo, cuya boca, dicho sea sin intención de reprochároslo, os habíais olvidado de cerrar convenientemente.

Me incorporé sin dificultad y proseguí de este modo:

—Debo ahora manifestaros, ¡oh, Satán!, la gratitud imperecedera que os guardo por haberme puesto en circunstancias apropiadas para comprobar patentemente que me hallo en posesión de un alma inmortal. Gustoso comparto ahora con los creyentes la desdeñosa lástima que les inspiran los materialistas y los impíos, que nunca gozaron el soberano orgullo de saberse dueños de un espíritu perdurable. Puedo regocijarme, además, de saber que esta alma no es en modo alguno un alma adocenada y de poca monta, sino antes bien un espíritu que goza de especial estimación en el reino ultraterreno y que, por consiguiente, es verdaderamente inapreciable. Me sentiría, pues, singularmente rebajado si consintiera en vendéroslo por una suma cualquiera.

Satán me hizo notar que yo estaba comprometido formalmente a venderle el alma que tuviera.

—Considerad —me dijo— que un hombre de espíritu tan elevado como el vuestro, según decís, no puede faltar a la palabra empeñada.

—¡Cuán cierto es eso! —le dije—, ¡oh, Satán! Pero yo no he pensado en quebrantar la palabra empeñada. Si rehusó cederos mi alma por dinero, es porque, siendo tan digna y preciosa, la considero invalorable. Pero no tengo ningún inconveniente en cambiárosla por algo que sea igualmente sin precio. Os la cederé, pues, si me dais en cambio el don de mentir sin pestañear. Privado en adelante de toda alma y habiendo perdido ya de antemano el cielo, puede ser, sin embargo, que este pequeño don que os pido me sirva para hacerme con el tiempo de otra alma y otro cielo.

Satán se regocijó en extremo con esta noticia y me manifestó que, como señalada prueba de confianza y amistad, me había concedido ya de antemano el don que le pedía...

Así que no tuvimos nada más que tratar y continuamos nuestro paseo de aquella noche bajo la luna que iluminaba como una gran lámpara el jardín. Hablábamos de cosas indiferentes. Cuando pasamos junto al guardia, que seguía durmiendo profundamente, le decía yo a Satán estas palabras:

—Lamento no haber traído de mi celeste correría, como se acostumbra después de un viaje, algún pequeño recuerdo o reliquia. Por ejemplo, varios pedazos de oro arrancados de aquella preciosa Puerta. A mi regreso, parientes y amigos se los hubieran disputado con fervoroso ardor, porque son sumamente cristianos, y todos de una gran piedad...

El cuarto de los duendes

Cayó del techo y comenzó a danzar en los rincones del cuarto. Su talla minúscula, su figurilla grotesca, sus extraños movimientos no me dejaban duda acerca de quién era.

—He aquí realizado un sueño que acaricio de largo tiempo atrás. Me encuentro esta noche, por primera vez después de muchos años de ausencia, en la casa donde transcurrieron los días de mi infancia, en aquel mismo cuarto de los duendes en donde, al caer la noche, caían los duendes del techo. Nada más que a revivir cosas pretéritas he venido hasta aquí: a evocar aquellos fantasmas, aquellas vislumbres, aquellas apariencias que entonces tuvieron en mi espíritu la fuerza de grandes realidades. ¡Te doy las gracias, pequeño duende que ahora te ocultas entre los pliegues de las cortinas raídas, porque bajas esta noche a mi presencia, te muestras a mis ojos y danzas en mi obsequio! No sé si te defraudo porque te haya perdido el miedo que antaño me inspiraste y te pido perdón si ya no huyo al entrever tu personilla. Eres ahora nada más que objeto de mi curiosidad, de mi recuerdo y de mi simpatía. La poderosa ilusión, el terrible miedo, el oscuro estremecimiento, ya no se apoderan de mí; la razón ha suplantado a los ingenuos impulsos de ayer; la vida y el tiempo destruyeron las candorosas creencias infantiles; y me siento cambiado, indiferente e incapaz del gran miedo o la grande alegría que solía sentir!

Me acerqué al duendecillo con la intención de acariciarlo como a un niño.

—¡A pesar de todos los sustos que me diste, hoy quiero ser tu amigo, duendecillo encantador que sabes el arte de caer de los techos sin hacerte el menor daño!

Se escurrió por entre mis piernas, al mismo tiempo que caían del techo otros innumerables duendecillos semejantes a él. Ágiles, inquietos, diminutos, de figurillas absurdas y raras, de fisonomías imposibles de fijar, agitándose siempre con movimientos rítmicos a la vez que disparatados, acabaron por tomarse de las manos y encerrarme dentro de un círculo movable, danzando en tomo mío.

—¡He venido justamente a reconciliarme con vosotros, estoy encantado del buen recibimiento que me hacéis, y ya no os guardo rencor!

Parecían no escuchar mis palabras, a las que no prestaban más atención que a un mido inexpresivo. Sus círculos se hacían más numerosos, rápidos y confusos.

—¡Qué buena voluntad ponéis todavía en vuestro oficio!

Fui conducido a través de la casa. En todas partes pululaban los mismos seres minúsculos; gesticulaban delante de los espejos, de los retratos de familia y de las imágenes de los santos; en los lechos hacían piruetas extravagantes; en el piano ejecutaban un aire apresurado; salían en tropel del fondo de los armarios viejos; en la despensa misma...

—¿De qué os alimentáis, duendecillos? No sé de qué podéis nutrirnos en esta despensa de donde ya no veo huir un ratón. Seguramente os los habéis comido. Los ratones son para vosotros sabrosos cochinillos. ¿Y vuestras gallinas? ¡Las reemplazáis, sin duda, por gordas y apetitosas arañas!

Pero, en el comedor, otros duendes sentábanse a la mesa y comían no sé qué terroncillos, creo, puestos en platos relucientes. Circularon las copas.

—¡A vuestra salud!

Bebimos, y este buen trago de licor de los duendes me inspiró una idea.

—Aguardad mientras busco una botella con que quiero obsequiaros. Es un licor menos rico que el vuestro, pero os lo ofrezco con gusto.

Corrí a buscar mi botella... ¿Dónde está? ¿Dónde la he dejado hace poco, en un minuto apenas tal vez?... Héla aquí, y he aquí también la copa que no sé ya cuántas veces he llenado esta noche. Al cabo, pierdo siempre la cuenta... Pero... ¡Ah! Mi asombro es inmenso y la botella cae de mis manos; me restriego los ojos, paso una mano fría por la frente, echo hacia atrás los cabellos en desorden: nada de esto es eficaz en este caso para destruir lo que veo; y de las cajas, los baúles, las valijas que he traído conmigo desde los países extranjeros, desde las grandes ciudades, desde los centros del mundo; de aquellas cajas repletas de nuevos libros de crítica y filosofía; de los papeles de negocios; de las cartas de amigos; de la fotografía de una

mujer inolvidable; de los horarios de ferrocarril, los itinerarios de navegación y de las hojas de los periódicos, del frasco de agua de colonia y del jabón de afeitarse, de los zapatos de goma y de las raquetas de *tennis*... Empezaron también a salir duendecillos, ágiles e inquietos, diminutos, de figurillas no menos absurdas y raras, de fisonomías asimismo imposibles de fijar, y saltando a mi alrededor con movimientos igualmente rítmicos y disparatados, en una danza agitada y unos círculos rápidos...

Pero ya en el cuarto penetraban los primeros clarores del alba, y mi espíritu mismo también se iba aclarando; y a medida que pasaban en tropel delante de mis ojos, gesticulando y agitándose sin tregua, los duendecillos se deshacían en el aire unos tras otros, como pequeños cuerpos irreales, vaporosos e inconsistentes...

Narración de las nubes

Capítulo I

De cómo fui lanzado sin consulta a las Nubes en persecución de unas enaguas

El origen de mi rápido viaje al país de las Nubes es completamente fortuito. Nada más ajeno a mi voluntad que esta momentánea elevación de mi persona para luego descender nuevamente. Confieso, pues, no sin rubor, que este viaje, como tantos otros, sólo se debe a que un día vi unas hermosas enaguas que subían majestuosamente en el aire a pesar de los esfuerzos que su dueña hacía por retenerlas en la tierra. Fui siempre muy sensible a la vista de enaguas en los aires, y apenas veo unas en la atmósfera tengo la costumbre de acudir en auxilio y prestar gratuitamente mis socorros. Me lancé aquel día, sombrero en mano, para atraparlas como si fueran simples mariposas, y fui yo mismo arrebatado por el torbellino que provocaba esos estragos y empujado por el viento hacia las Nubes. De este modo salí de la existencia terrestre y fui lanzado sin consulta a las peligrosas aventuras del espacio. Las enaguas estaban ahora infladas por el aire y se me acercaron contoneándose con gracia. Su desenvoltura en semejantes circunstancias me reconfortó singularmente. Por su conducto recibí lecciones de energía. Las tomé en mis manos y les prodigué mil caricias. «¡Ah —exclamé—, qué gran daño os hace el viento al separaros de vuestra dueña!» «¡De ninguna manera! —exclamaron— El viento, que suele levantar los techos, es incapaz de levantarnos a nosotras, enaguas, sin nuestro previo asentimiento. ¡Estábamos ansiosas de respirar el aire puro!» Momentos después se deslizaron de entre mis manos, con habilidad seguramente aprendida de su reciente posesora. Las vi ondular en el aire hasta caer, y supongo que no tardaron en persuadirse de su error y de cómo el género de vida que habían abandonado era, sin embargo, uno de los más dichosos y envidiables que pueden darse sobre la faz de la tierra.

Capítulo II

De la conquista de las Nubes y de la destrucción de un grande y poderoso Imperio por las corrientes de aire

Apenas tocaban el suelo las enaguas, que yo, por mi parte, tocaba la región donde se encuentran las primeras nubecillas; e ignoro si me hallaba aún sometido a su influencia estimulante o si era presa del vértigo de las alturas. Es lo cierto que no bien logré poner el pie en las Nubes, empecé a subir con ardor increíble y una fuerza incontrastable. ¡Me animaba la pasión de ascender! Me deslicé por angostos desfiladeros, al borde de espantosos precipicios. Vencí cuanto se oponía como obstáculo a mi paso. Nada pudo evitar mi ascenso y hollé la cúspide de las Nubes, a las que me dirigía en esta forma: *«¡Oh, Nubes! He aquí que me he puesto heroicamente a la cabeza de todas vosotras...»*, cuando he aquí también que, a un soplo de viento inesperado, la inmensa montaña comenzó inopinadamente a desgajarse y la nube más alta de todas (aquella desde donde yo arengaba a las demás) huyó conmigo en la dirección que el viento le marcaba...

Capítulo III

De cómo por una cuestión de fronteras se desata la guerra en las Nubes

Oí resonar grandes truenos. Los estampidos se sucedieron con violencia a través de las Nubes encendidas por cárdenos fulgores. Aturdido, apenas podía darme cuenta de cómo manaba la sangre de las Nubes, en forma de lluvia. En aquella escena de muerte comprendí todo el horror de la guerra, y la ruina y la desolación que traen consigo los odios despiadados. Tocadas por el rayo, las Nubes lanzaban rugidos atronadores, tambaleábanse un instante y se licuaban... La guerra las tragaba sin piedad en su vorágine; y yo, pobre víctima de las calamidades, también estuve a punto de perecer, aunque nada me iba ni me venía en la contienda de la que era testigo y en la cual parece ser que se zanjaba una enconada cuestión de límites entre unas y otras Nubes, que infladas estas últimas por un aire favorable habían invadido los dominios de aquellas, en contra de los usos establecidos desde antaño. Pero mi vida estaba en riesgo. Hice acto de contrición y se me anegaron en lágrimas los ojos al recuerdo de mis innumerables pecados. Imploré a Dios que me perdonara el deseo de bienes temporales (en gracia a que estaba en las Nubes) que momentos antes había concebido. Asimismo le rogué que me dispensara, en vista de la flaca naturaleza humana, los pensamientos de otra índole que hubieran podido inspirarme las enaguas. Abrigaba el propósito de no pecar más en la vida (caso que pudiera seguir viviendo) ni apartarme otra vez de la conducta que nos hace agradables a los ojos divinos; y sin duda hubiera cumplido estos propósitos con entera fidelidad y rectitud, si extraños acontecimientos ulteriores no me hubieran puesto en presencia de tentaciones verdaderamente irresistibles para aquella misma flaca naturaleza humana de que ya antes he hablado.

Capítulo IV

De cómo perdí el mayor bien que puede concedernos la Fortuna

No sólo me fueron perdonadas mis iniquidades, sino que me fue dado conocer la misericordia celeste en su máximo esplendor. No puedo atribuir a otra causa el hecho que presencié en seguida, cuando, en tanto que el tiempo se calmaba rápidamente y que yo daba gracias a Dios por los beneficios derramados sobre mi cabeza durante la lluvia, la Nube, siempre cambiante, dibujó los contornos de una mujer que andaba con levedad (aunque iba ciega) y en quien inmediatamente reconocí sin trabajo la atrayente hermosura de la diosa de la Fortuna. Fue sonrosándose, iluminada por un rayo de sol (que reapareció después de la tormenta) y de ella fueron víctimas al punto mis mejores ideas de enmienda. Me eché a sus pies y me puse a contemplar sus formas con deleite. ¿A dónde me conducía? Pensé que me llevaba hacia algún paraje oculto, sólo de ella conocido, detrás de algún denso nubarrón, y que allí se proponía concederme el mayor bien que puede concedernos la Fortuna. Tuve deseos sacrilegos, lo confieso con vergüenza. Ambicioné con locura los dones más preciados de la diosa y la estreché entre mis brazos en un instante de turbación. Olvidaba por mi mal que era de substancia etérea. En aquel brusco movimiento se le desprendieron las ligeras vestiduras, y al retirar mis brazos de su cuerpo la vi desvanecerse y desaparecer como un sueño...

Capítulo V

De cómo, al subir por una escalera, abarqué el panorama del vasto mundo vaporoso y, ya sin Fortuna, no tuve inconveniente en persuadirme de la vaporosidad de todo en las Nubes

No vacilé en subir por una escala de tenues nubecillas que descubrí entre los restos de la Fortuna; y a medida que lo hacía iba descubriendo un vasto panorama que abarcaba el conjunto de los países que demoran en las Nubes. Desde allí vi cuán variadas nieblas pueblan esos grandes espacios y cómo aquellas por entre las cuales había pasado sólo constituyen pequeñas porciones de un mundo sin límites visibles. Allí sucedense numerosas variaciones, ocurren catástrofes insignes. Todo se agita con movimiento incomprensible, nada subsiste de ningún hecho grande o pequeño, y una vez que las cosas suceden es como si no hubieran sucedido. En el vasto mundo de las Nubes, el soplo del viento pasajero modifica incesantemente el curso de los acontecimientos más graves. Llegando a lo más alto de la escalera, entreví en el horizonte lejano una luz dorada, las apariencias de una ciudad hacia donde se dirigían todas las Nubes. Hacia ella iba también yo, empujado por la brisa bonancible. Atrás quedaban los sombríos guiñapos, restos de recientes desastres, jirones de luchas desgarradoras. Todo un mundo poblado de imágenes apesadumbradas o descomunales cedía el sitio a aquel nuevo mundo poblado de sonrientes apariciones llenas de dulzura, de esperanza y de gracia. Según mis cálculos, fundados en la velocidad del viento y en la distancia, no tardaría mucho en llegar. Allí proponíame ya pasar el resto de mis días, en el olvido de viejos infortunios y al resguardo de otros contratiempos, dichoso en mi país de blancas Nubes: pronto hube de observar que la misma ráfaga que me llevaba en dirección de ella iba a la vez alejándola delante de mí, y no precisamente a igual velocidad, sino con mucha mayor rapidez, puesto que ella era de substancia brumosa en toda su inmensa construcción, en tanto que mi poco volumen era hecho de pesados materiales...

Capítulo VI

De cómo nací otra vez en las Nubes y de cómo vine nuevamente a la Tierra porque, estando recién nacido, había perdido el uso de la razón

Me senté a llorar mi dolor. Los codos apoyados en las rodillas y la cabeza colocada entre las manos, me abismé profundamente en la meditación de mi infortunio. Ignoro si esa posición determinó el fenómeno que paso a describir (término de mi estado en los aires), pero es lo cierto que cuando, pasados algunos instantes, quise levantarme para continuar mi camino al través de las nieblas, observé con angustia que me hallaba sumido en el vientre de una Nube que avanzaba lentamente. Sin atreverme a producir el menor movimiento, dada la delicada situación en que me veía, me di a mil reflexiones acerca de esta sorpresa que me deparaba la suerte. Volvería a nacer y vería por segunda vez la luz, tendría parentela en las Nubes y, cuando quisiera, me sería posible producir truenos terribles para distraer agradablemente mis ocios. Aquel fue uno de los momentos de mayor expectativa que he conocido en mi vida. Me agujijoneaba el deseo de ver las condiciones de existencia en que sería echado al mundo: *«Apenas nacido —decíame a mí mismo poniéndome un dedo sobre los labios— descubriré al primer golpe de vista la alcurnia de mi nacimiento y la posición social de mis nuevos progenitores.»* En efecto, vine por segunda vez al mundo aquel mismo día. Por desgracia, al nacer había perdido toda curiosidad por averiguar la condición de mi cuna y la calidad de mis padres, así como el dinero de que pudieran disponer. Hallándome recién nacido, ignoraba la importancia de estas cosas. También, por la misma causa, me hallaba privado de todo asomo de reflexión, experiencia y cordura, a tal extremo que me dejé arrastrar por una corriente de aire que me trajo de nuevo hasta la Tierra, donde actualmente estoy y donde he compuesto esta historia.

El librero

—Tiene excelentes ideas, magníficas intenciones... —murmuró el librero, como hablando consigo mismo, al entregarme el volumen que yo acababa de coger, llevado por el hábito que tengo de escoger siempre un volumen (pero no más de uno), en las más apartadas y miserables librerías que encuentro a mi paso.

—Excelentes ideas. Sí, sí, no cabe duda —repitió, mirándome derecho en los ojos.

Sólo entonces me fijé en el hombre que así hablaba, un librero, a fe mía, bastante extraño, y que exhibía sus amarillentos volúmenes en un ruinoso cascarón de otras edades, en los viejos barrios entretnejidos de tortuosas y no muy claras callejuelas, por donde el azar me lleva, a veces, como de la mano, diestramente, hasta la puerta misma de alguna carcomida y nostálgica iglesia, de intrigante vetustez... o de un raro y arcaico taller de artesanía... o de algún curioso comercio inverosímil, tenido por algún inverosímil comerciante... Parecía instalado allí desde tiempo inmemorial, y no sabría yo decir a punto fijo si los estantes y los libros habían acabado por cobrar aspecto de antañones muros, o si los muros habrían tomado algo de los gastados y releídos libros, como yo le preguntara de qué hablaba, o a qué se refería al hablar de aquel modo, me explicó:

—Observo su fisonomía, sus gestos, su apariencia antes de cederle este ejemplar. Me parece usted persona honrada, caritativa. ¡Sobre todo caritativa! Hay que ser caritativos —añadió con acento apasionado, tomándome de la mano—, hay que ser caritativos con los pobres seres que arrastran en las páginas de los libros una existencia desolada... Los que tiene usted en sus manos en este momento, por ejemplo. ¿Sabe usted, señor, las responsabilidades en que incurren los propietarios de obras de este género? Tienen en su poder, entre sus manos, a su completa merced, existencias o criaturas de quienes todos desconocen hasta lo más rudimentario. ¿Se sabe que padecen necesidades, preocupación, dolor, tristezas?

Diciendo esto, iba y venía, entre los estantes, con ademanes de atender a alguien, o de ocuparse de clientes o personas invisibles, sin embargo, para mí.

—Aquí —me dijo, en tono de confianza, interrumpiéndose, de pronto, en sus afanes—, aquí me encontrará usted, señor, seguramente, cada día, entre héroes, protagonistas, personajes, como ve.... Pero no soy un simple librero, como pudiera creerse —añadió de inmediato—. Tampoco soy coleccionista, ni bibliotecario, bibliófilo o bibliómano. Ni mucho menos intelectual, «inteligente», o lector empedernido. No, no. ¡Lejos de todo eso! Acojo, simplemente, junto a mí, el mayor número posible de estos desdichados que se debaten en el oscuro fondo de los libros. Les brindo mi comprensión, mi simpatía. Y trato asimismo de prestarles asistencia y ayuda, en cuanto mis recursos lo permiten. ¡Pero lo hago con buena voluntad, con buena voluntad sobre todo! No soy más que una persona para quien el infortunio de los otros existe, y que se conmueve hasta las lágrimas oyendo referir ajenas desventuras...

Estuve tentado de decirle que hay ya bastantes desventuras que aliviar en el mundo, antes que las fingidas, que sólo existen en los libros. ¡Pero ya él proseguía, sin esperar de mí respuesta alguna!

—No tengo que ocultárselo, señor, sin ambages se lo diré inmediatamente: son esos pequeños e insignificantes personajillos de los libros, los que a mí principalmente me preocupan, y hasta me desvelan por las noches... Esos personajillos que tan penosamente cruzan la trama de las obras, los largos párrafos, los interminables capítulos, los espeluznantes monólogos... y para quienes especialmente parecen estar hechas las páginas de horror, las escenas de angustia, las situaciones terribles, los malos desenlaces... ¿No habrá que poner término, un día u otro, a tan injustas situaciones? Y, honradamente, señor, dígame usted, ¿no habrá, también, que decidirse, alguna vez, a poner manos a una urgente Obra de Rescate y Salvamento de toda esa Infancia desamparada y perturbada que corre por entre las líneas de los cuentecillos, historietas y novelines? Esta brillante iniciativa: Casa de Maternidad para el uso de las Solteras abandonadas en avanzado estado de embarazo, en casi todas las narraciones que se conocen...; y esta otra: Cooperativa para suministrar a las Víctimas del Hambre en la literatura en general, una sana y abundante alimentación a precios reducidos..., ¿no hallarán, ambas, en seguida, todo el apoyo, y el favor que se merecen? No menos necesarias son las Casas de Retiro a donde los ancianos que con tanta frecuencia vemos andar por las novelas, vayan a terminar apaciblemente sus días. No hay palabras, en fin, mi buen señor, no hay palabras con que alabar suficientemente la defensa de los desheredados que aparecen en los cuentos cortos, o la represión de los abusos que sobreabundan en los largos... Hay

en las páginas de todos esos relatos un sinnúmero de seres indefensos e infelices, que son empujados, casi a diario, a los peores abismos del crimen, del vicio, del delito. ¿Y cuántos de entre ellos no son llevados, paso a paso —o línea a línea—, hacia alguna de aquellas tremendas situaciones —angostos desfiladeros del destino —, cuyo único escape no puede ser sino el suicidio? A todos estos, el propio autor que los ha creado, los va llevando, poco a poco, hoja tras hoja, y los precipita, de repente, en los conflictos insolubles que él mismo ha tenido buen cuidado de venirles preparando, desde episodios precedentes, con refinada maña y disimulo. Otros —otros muchos—, son lanzados al fondo del presidio —por causas a menudo no muy bien esclarecidas y estudiadas, señor!—; y allí languidecen y sufren largos años, en espera de una justicia y una rectificación que apenas si alguna vez viene a brillar tímidamente en las últimas líneas del último capítulo...

Estaba yo perplejo, oyendo todo esto, sin chistar (pues no intentaba ahora contradecirle nada, nada al curioso personaje y filántropo libresco). Quiso él mismo, sin embargo, sacarme del embarazo, al parecer; y por entre los sobrecargados, o más bien superpoblados estantes que se apretujaban y estrechaban unos contra otros, lo vi alejarse, de improviso, como atendiendo a una llamada. Con ágiles esguinces fue sorteando los rimeros de volúmenes dispersos por el suelo, a la espera, se diría, de futura ubicación sobre los tramos, por el momento atiborrados. Y desapareció, finalmente, de mi vista, detrás —o no sé si dentro de sí mismo— de unos estantes que no muy bien pude observar en el penumbroso rincón donde se alzaban... ¡Unos estantes de «Humorísticos» —según decía, arriba, un letrero!...

La realidad circundante

Con grandes gestos, en alta voz, a fin de llamar la atención de los pasantes, comenzó de nuevo su peroración.

—Un gran número de personas —dijo— un número de personas mucho mayor de lo que suele decirse, están mal adaptadas o no lo están absolutamente a las condiciones del mundo en que viven. Carecen de la importante facultad de adaptarse al medio ambiente. Les falta el resorte de adaptación a la realidad circundante. Ahora bien, yo he descubierto o inventado una capacidad artificial que suple ventajosamente a la capacidad espontánea o natural de adaptación. Es un pequeño y en apariencia insignificante aparato o accesorio, de composición ingeniosa, de sencillo empleo y de poco peso y volumen, y que llamo «Capacidad artificial especial para adaptarse *incontinenti* a las condiciones de existencia, al medio ambiente y a la realidad circundante».

Introdujo ambas manos en uno de los bolsillos del chaleco —un chaleco a cuadros— y extrajo con precaución una cajita o estuche que contenía, según dijo, uno de sus exactos y excelentes aparatos adaptadores a las vicisitudes de la vida, las inconstancias de la suerte, las inclemencias del cielo, los cambios de la fortuna, las vueltas del mundo. Los mantenía en alto, en la punta de los dedos, como una hostia consagrada delante de los fieles creyentes.

—Este pequeño y en apariencia insignificante aparato —continuó— está llamado a prestar invalores servicios a los hombres reales, o que tal se dicen, no suficientemente provistos por la Naturaleza de la preciosa capacidad especial antedicha. Ensayo actualmente sobre mí mismo uno de estos aparatos y me admiro de verme a cada paso sobrepasado por los efectos de mi invención. Habiéndome toda mi vida considerado como persona bastante bien adaptada al mundo que me rodea, sólo ahora he venido a comprender la distancia que realmente me separaba hasta hoy de la verdadera *adaptación científica a la vida real*. Mi incomparable invento —en cuya patente industrial y registro de marca me ocupo— es un

verdadero instrumento de precisión que mide y muestra milésimo a milésimo los progresos que hace el paciente y lo conduce a un grado superior de adaptación concienzuda. Muchas personas poseen sólo una defectuosa facilidad natural de adaptarse. Otras están momentánea o parcialmente adaptadas, mas los efectos de su capacidad son en realidad muy limitados y suelen estar circunscritos a este o aquel fragmento de la vida y del mundo circundantes. Mi aparato perfeccionado suprime igualmente estas deformidades e intermitencias adaptativas sumamente peligrosas y susceptibles de provocar trastornos y desórdenes más graves de la facultad de adaptación. Tratadas con mi aparato, estas inadaptaciones particulares, que no vistas a tiempo pueden generalizarse y ser crónicas, se curan por completo. Al cabo de corto tiempo, no puede decirse si tal o cual individuo es un *adaptado a priori* o un *adaptado a posteriori*. El caso más frecuente es el del mediocre o incompletamente adaptado o *semiadaptado a priori*, cuya educación es terminada, ampliada y precisada mediante el uso del invento que tengo en mis manos. Cuanto a la curación de los peores *inadaptados radicales*, puedo garantizarla por completo, comprometiéndome a restituir el dinero y recibir el aparato si no diere en corto tiempo el resultado que da en todos los casos sin excepción de ningún género. No existe, señores y señoras, incapacidad de adaptación a la realidad circundante capaz de ofrecer resistencia durable a la eficaz acción de mi aparato ajustador, el cual las vence todas y rápidamente las sustituye o reemplaza por una capacidad verdaderamente extraordinaria de adaptación al mundo ambiente y a la realidad circundante.

Como yo, empinado por encima del círculo de oyentes asomé la cabeza para ver el aparato ajustador, se dirigió a mí en un tono confidencial completamente distinto del anterior:

—Es el único que me queda. Fabrico estos aparatos yo mismo, y se comprende que no puedo producirlos en gran número. Por lo menos, no en cantidad suficiente para atender el gran número de pedidos que constantemente recibo de parte de personas deseosas de adquirirlos a cualquier precio. Solicito ahora el capital indispensable para emprender la fabricación en serie de mi aparato ajustador al medio ambiente o de mimetismo social artificial. Sólo que, hasta hoy, las personas pudientes, millonarios y financistas que he encontrado y a quienes he expuesto el negocio, gozan todos de una inmejorable capacidad natural de adaptación, hasta de *superadaptación*, y no conciben la necesidad de mi capacidad artificial suplementaria...

—Yo, en cambio —le dije—, me doy perfecta cuenta de la importancia del negocio, pero no estoy en condiciones de suscribir el capital: ¡soy un grave inadaptado, tal vez incurable!

—¡Aprovechad señores y señoras! —continuó, reanudando su primera entonación del discurso—. ¡Aprovechad esta última ocasión que se os presenta de adquirir mi excelente aparato ajustador! ¡Antes de que estos aparatos comiencen a ser fabricados en serie y que cada quien se halle en posesión de uno de ellos!

Este último argumento pareció convencer súbitamente a algunos de los que formábamos el círculo en torno al tenaz propagandista; y no pocos decidieron a adquirir el aparato o accesorio, antes de que se agotase el corto número, hecho a mano, de que podía disponer el vendedor —según decía—; antes, sobre todo, de que comenzase a ser fabricado por millares, en vasta serie industrializada, y a estar puestos así al alcance de legiones y masa de reacios a la verdadera comprensión de lo real. (Y era innegable que había gran conveniencia en adquirirlo allí mismo y no después, pues podía así ganarse tiempo y tomarse ya fuerte ventaja sobre futuros *neo-adaptados*, en cuanto al adelantamiento y acomodo en las buenas posiciones de la vida...)

Ahí está, hoy todavía, sobre la mesa donde escribo, yalguna vez me habrá servido —no lo niego— como pisapapel sobre las hojas de un nuevo cuento inverosímil...

El difunto yo

Examiné apresuradamente la extraña situación en que me hallaba. Debía, sin perder un segundo, ponerme en persecución de mi *alter ego*. Ya que circunstancias desconocidas lo habían separado de mi personalidad, convenía darle alcance antes de que pudiera alejarse mucho. Era necesario, mejor dicho, urgente, muy urgente, tomar medidas que le impidieran, si lo intentaba, dirigirse en secreto hacia algún país extranjero, llevado por el ansia de lo desconocido y la sed de aventuras. Bien sabía yo, su íntimo amigo y compañero, que tales sentimientos venían agujijoneándole desde tiempo atrás, hasta el extremo de perturbarle el sentido crítico y la sana razón que debe exhibir un *alter ego* en todos sus actos, así públicos como privados. Tenía, pues, bastante motivo para preocuparme de su repentina desaparición. Sin duda acababa él de dar pruebas de una reserva sin límites, de inconmensurable discreción y de consumada pericia en el arte de la astucia y el disimulo. Nada dejó traslucir de los planes que maestramente preparaba en el fondo de su silencio. Mi *alter ego*, en efecto, hacía varios días que permanecía silencioso; pero en vista de que entre nosotros no mediaban desavenencias profundas, atribuí su conducta al fastidio, al cual fue siempre muy propenso, aun en sus mejores tiempos, y me limité a suponer que me consideraba desprovisto de la amenidad que tanto le agradaba. Ahora me sorprendía con un hecho incuestionable: había escapado, sin que yo supiera ni cómo ni cuándo.

Lo busqué enseguida en el aposento donde se me había revelado su brusca ausencia. Lo busqué detrás de las puertas, debajo de las mesas, dentro del armario. Tampoco apareció en las demás habitaciones de la casa. Notando, sorprendida, mis idas y venidas, me preguntó mi mujer qué cosa había perdido.

—Puedes estar segura de que no es el cerebro —le dije. Y añadí hipócritamente:

—He perdido el sombrero.

—Hace poco saliste, y lo llevabas. ¿No me dijiste que ibas a no sé qué periódico a poner un anuncio que querías publicar? No sé cómo has vuelto tan pronto.

Lo que decía mi mujer era muy singular. ¿Adónde, pues, se había dirigido mi *alter ego*? Dominado por la inquietud, me eché a la calle en su busca y seguimiento. A poco noté —o creí notar— que algunos transeúntes me miraban con fijeza, cuchicheaban, sonreían o guiñaban el ojo. Esto me hizo apresurar el paso y casi correr: pero a poco andarme salió al encuentro un policía, el cual, echándome mano con precaución, como si fuera yo algún sujeto peligroso o difícil de prender, me anunció que estaba arrestado. Viéndome fuertemente asido, no me cupo de ello la menor duda. De nada sirvieron mis protestas ni las de muchos circundantes. Fui conducido al cuartel de policía, donde se me acusó de pendenciero, escandaloso y borracho, y, además, de valerme de miserables y cobardes subterfugios, habilidades, mañas y mixtificaciones para no pagar ciertas deudas de café, de vehículos de carrera, de menudas compras. ¡Lo juro por mi honor! Nada sabía yo de aquellas deudas, ni nunca había oído hablar de ellas, ni siquiera conocía a las personas o los sitios —¡y qué sitios!— en donde se me acusaba de haber escandalizado. No pude menos, sin embargo, de resignarme a balbucir excusas, explicaciones: me faltó valor para confesar la vergonzosa fuga de mi *alter ego*, que era sin duda el verdadero culpable y autor de tales supercherías, y pedir su detención. Humillado, prometí enmendarme. Fui puesto en libertad, y alarmado, no ya tanto por la desaparición de mi *alter ego* como por las deshonorosas complicaciones que su conducta comenzaba a hacer recaer sobre mí, me dirigí rápidamente a la oficina del periódico de mayor circulación que había en la localidad, con la intención de insertar en seguida un anuncio advirtiendo que, en adelante, no reconocería más deudas que las que yo mismo hubiera contraído. El empleado del periódico, que pareció reconocerme en el acto, sonrió de una manera que juzgué equívoca; y sin esperar que yo pronunciara una palabra, me entregó una pequeña prueba de imprenta, aún olorosa a tinta fresca, y el original de ella, el cual estaba escrito como de mi puño y letra. Lo que peor es, el texto del anuncio, autorizado por una firma que era la mía misma, decía justamente aquello que yo tenía en mientes decir. Pero tampoco quise descubrir la nueva superchería de mi *alter ego* —¿de quién otro podía ser?— y como aquel era, palabra por palabra, el anuncio que yo quería, pagué su inserción durante un mes consecutivo. Decía así el anuncio en cuestión:

"Participo a mis amigos y relacionados de dentro y fuera de esta ciudad que no reconozco deudas que haya contraído «otro» que no sea «yo». Hago esta advertencia para evitar inconvenientes y mixtificaciones desagradables. Andrés Erre".

Volví a casa después de sufrir durante el resto del día que las personas conocidas me dijeran, a cada paso, dándome palmaditas en el hombro:

—Te vi por allá arriba...

O bien:

—Te vi por allá abajo...

Mi mujer, que cosía tranquilamente, al verme llegar, detuvo la meda de la máquina de coser y exclamó:

—¡Qué pálido estás!

—Me siento enfermo —le dije.

—Trastorno digestivo —diagnosticó—. Te prepararé un purgante y esta noche no comerás nada.

No pude reprimir un gesto de protesta. ¡Cómo! La escandalosa conducta de mi *alter ego* me exponía a crueles privaciones alimenticias, pues yo debería purgar sus culpas, de acuerdo con la lógica de mi mujer. Esto desprendíase de las palabras que ella acababa de pronunciar.

Sin embargo, no quería alarmarla con el relato del extraordinario fenómeno de mi desdoblamiento. Era un alma sencilla, un alma simple. Hubiera sido presa de indescriptibles terrores y yo hubiera cobrado a sus ojos las apariencias de un ser peligrosamente diabólico. ¡Desdoblarse! ¡Dios mío! Mi pobre mujer hubiera derramado amargas lágrimas al saber que me acontecía un accidente tan extraño. Nunca más hubiera consentido en quedarse sola en las habitaciones donde apenas penetraba una luz débil. Y de noche, era casi seguro que sus aprensiones me hubieran obligado a recogerme mucho antes de la hora acostumbrada, pues ya no se acostaría despreocupadamente antes de mi vuelta, ni la sorprendería dormida en las altas horas, cuando me retardaba en la calle más de lo ordinario.

No obstante los incidentes del día, todavía conservaba suficiente lucidez para prever las consecuencias de una confidencia que no podía ser más que perjudicial, porque si bien las correrías de mi *alter ego* pudiera suceder que, al fin y al cabo, fuesen

pasajeras, en cambio sería difícil, si no imposible, componer en mucho tiempo una alteración tan grave de la tranquilidad doméstica como la que produciría la noticia de mi desdoblamiento. Pero los acontecimientos tomaron un giro muy distinto e imprevisto. La defección de mi *alter ego*, que empezó por ser un hecho antes risible que otra cosa, acabó en una traición que no tiene igual en los anales de las peores traiciones... Ese inicuo individuo...

Pero observo que la indignación —una indignación muy justificada, por lo demás— me arrastra lejos de la brevedad con que me propuse referir los hechos. Hélos aquí, enteramente desnudos de todo artificio y redundancia:

Salí aquella noche después de comer frugalmente porque mi mujer lo quiso así y me dijo, no obstante mis reiteradas protestas, que me dejaría preparado un purgante activísimo para que lo tomara al volver. Calculaba que mi regreso sería, como de ordinario, a eso de las doce de la noche. Con el fin de olvidar los sobresaltos del día, busqué en el café la compañía de varios amigos que, casi todos, me habían visto en diferentes sitios a horas desacostumbradas y hablaban maliciosamente de ciertos incidentes en los cuales hallábase mezclado mi nombre, según pude colegir, pues no quise inquirir nada directamente ni tratar de esclarecer los puntos. Guardé bien mi secreto. Disimulé los hechos lo mejor que pude, procurando despojarlos de toda importancia. Una discusión de política nos retuvo luego hasta horas avanzadas. Eran las dos de la madrugada cuando abrí la puerta de casa, empujándola rápidamente para que chirriara lo menos posible. Todo estaba en calma, pero mi mujer, a pesar de que dormía con un sueño pesado, despertó a causa del ruido. Los ojos apenas entreabiertos, me preguntó entre dientes cómo me había sentado el purgante.

—¡El purgante! —exclamé—. ¡Llego de la calle en este momento y no he visto el purgante! ¡Explícate, habla, despierta! ¡Eso que dices no es posible!

Se desperezó largamente.

—Sí —me dijo— es posible, puesto que lo tomaste en mi presencia... Y estabas conmigo... y...

—...¡Y!..

Comprendí el terrible engaño de mi *alter ego*. La traición de aquel íntimo amigo y compañero de toda la vida me sobrecogió de espanto, de horror, de ira. Mi mujer

me vio palidecer.

—Efecto del purgante —dijo.

Aunque nadie, ni aun ella misma, había notado el delito de mi *alter ego*, la deshonra era irreparable y siempre vergonzosa a pesar del secreto. Las manos crispadas, erizados los cabellos, lleno de profundo estupor, salí de la alcoba en tanto que mi mujer, volviéndose de espaldas a la luz encendida, se dormía otra vez con la facilidad que da la extenuación; y fui a colgarme de una de las vigas del techo con una cuerda que hallé a mano. Al lado colgaba la jaula de Jacintico, el loro; y seguramente hice yo algún ruido en el instante de abandonarme como péndulo en el aire, pues Jacintico, despertándose, esponjó las plumas de la cabeza y me espetó como solía hacerlo cada vez que me veía pasar junto a su jaula:

—¡Adiós, Doctor!

Tengo razones para creer que mi *alter ego*, que sin duda espiaba mis movimientos desde algún escondrijo improvisado, a favor de las sombras de la noche, se apoderó enseguida de mi cadáver, lo descolgó y se introdujo dentro de él. De este modo volvió a la alcoba conyugal donde pasó el resto de la noche ocupado en prodigar a mi viuda las más ardientes caricias. Fundo esta creencia en el hecho insólito de que mi suicidio no produjo impresión ni tuvo la menor resonancia. En mi hogar nadie pareció darse cuenta de que yo había desaparecido para siempre. No hubo duelo, ni entierro. El periódico no hizo alusión a la tragedia, ni en grandes ni en pequeños títulos. Los amigos continuaron chaceándose y dándole palmaditas en el hombro a mi *alter ego*, como si fuera yo mismo. Y Jacintico no ha dejado nunca de decirle, viéndolo pasar junto a la jaula:

—¡Adiós, Doctor!

Sin duda, mi *alter ego* desarrolló desde el principio un plan hábilmente calculado en el sentido de producir los resultados que en efecto se produjeron. Previo con precisión el modo como reaccionaría yo delante de los hechos que él se encargaría de presentarme en rápida y desconcertante sucesión. Determinó de antemano mi inquietud, mi angustia, mi desesperación; calculó exactamente la hora en que un cúmulo de extrañas circunstancias había de conducirme al suicidio. Esta hora señalaba el feliz coronamiento de su obra; y es claro que sólo un *alter ego* que gozaba de toda mi confianza pudo llevar a cabo esta empresa. En primer lugar, el

completo conocimiento que poseía de los más recónditos resortes de mi alma le facilitó los elementos necesarios para preparar sin error el plan de inducción al suicidio inmediato. En segundo término, si logró hacerse pasar por mí mismo delante de mi mujer y de todas las personas que me conocían, fue porque estaba en el secreto de mis costumbres, ideas, modos de expresión y grados de intimidad con los demás. Sabía imitar mi voz, mis gestos, mi letra y en particular mi firma, y además conocía la combinación de mi pequeña caja fuerte. Todos mis bienes pasaron automáticamente a poder suyo, sin que las leyes, tan celosas en otros casos, intervinieran en manera alguna para evitar la iniquidad de que fui víctima. También se apoderó del crédito que había alcanzado yo después de años de conducta intachable y correctos procederes; y en el mismo periódico continúa publicando a diario con su firma, que es la mía, el mismo aviso que dice:

"Participo a mis amigos y relacionados de dentro y fuera de esta ciudad que no reconozco deudas que haya contraído «otro» que no sea «yo». Hago esta advertencia para evitar inconvenientes y mixtificaciones desagradables. Andrés Erre".

Epílogos

Julio Garmendia

Por Domingo Miliani

Biografía¹

VIDA. En las cercanías de El Tocuyo (estado Lara), concretamente en la hacienda El Molino, nació Julio Garmendia el 9 de enero de 1898. Hijo del doctor Rafael Garmendia Rodríguez y de doña Celsa Murrieta. A escasa edad quedó huérfano de madre. Don Rafael Garmendia lo condujo hasta Barquisimeto y lo dejó al cuidado de la abuela materna, doña Celsa de Murrieta. Después, ya más crecido, el niño visitaba siempre la hacienda El Molino, en El Tocuyo, acompañado de familiares.

En contacto con la naturaleza contribuyó a forjar, sin duda en el futuro narrador, una aguda capacidad de observación y amor entrañable por los árboles y los animales. Don Julio recuerda, con los ojos perdidos hacia el tiempo infantil, que en la hacienda, frente a la casa, había un corral donde vivían unos venados en cautividad. Los venados eran mansos y fueron algunos de los primeros amigos para aquel niño tímido. Su padre y los tíos eran cazadores.

El niño sentía un intuitivo rechazo hacia aquella pasión que era, además, uno de los temas de que oía hablar con más frecuencia. Desde entonces ha sido refractario incluso a las conversaciones relativas a peleas de gallos, faenas taurinas o proezas de la cinegética.

El 24 de octubre, cada año, en la hacienda festejaban el día de San Rafael. Era entonces uno de sus días jubilosos en el cual venía desde Barquisimeto. Visitaba a sus amigos: animales, árboles, paisaje abierto a la contemplación.

En Barquisimeto, el patio de la casa estaba adornado por un jazminero que la abuela cuidaba con maternal solicitud. El niño poseía también un pequeño rincón de solar donde sembraba algunas plantas.

Llegada la edad escolar fue inscrito en la Escuela dirigida por el maestro Ramón Wohnsiedler, hermano del conocido músico barquisimetano y hombre de fina sensibilidad. A su lado fue despertando más todavía la inclinación hacia la belleza, la

cultura, la poesía, en el niño Garmendia. Al abrirse el Colegio La Salle de Barquisimeto, Julio Garmendia se contó entre los alumnos fundadores².

A los diez u once años ya Julio Garmendia había escrito algunos textos poéticos. El autor rememora que por las tardes, alrededor de las seis, llegaba cada día el pregonero a las puertas de la casa; traía un diario vespertino: *El Eco Industrial*. Lo dirigía y redactaba, a más de componerlo en modesta prensa de mano, don Lorenzo Alvarez. Allí fue publicado, un día un pequeño ensayo de Julio Garmendia. El tema era la patria y la madre. Había nacido un fino prosista. La memoria de una imagen materna, o al menos de la visión borrosa de niño respecto a una madre que no conoció, se une con la idea de la patria. Había descubierto, en la casa de la abuela, algunos libros que fueron de la madre en la época de soltera. Fue a través de estos como intuyó que había alentado en ella una sensibilidad cuyas afinidades se convirtieron para él en dictado muy íntimo.

El dolor acechaba detrás de un día especialmente alegre para los niños. En la Navidad de 1914, justo el día 24 de diciembre, murió la abuela. Aquel golpe afectivo sacudió por segunda vez muy a lo hondo la sensibilidad extraordinaria de Julio Garmendia. Tres meses después su padre lo trajo a Caracas. Y desde la capital escribió el homenaje poético, la proyección de una nostalgia: «El jazminero de la abuela»³.

En Caracas, Garmendia cursó por algunos meses en el Instituto de Comercio. Lo dirigía el señor Dellay, un suizo que había venido a Venezuela, contratado por el Gobierno Nacional para aquel fin. Poco tiempo después, el adolescente abandona los estudios. Ingresa a trabajar como redactor en el diario *El Universal*, dirigido entonces por el crítico Luis Correa. Don Luis conoció algunos textos poéticos del joven larense. Lo presentó a escritores consagrados que hacían tertulia en las mesas de La India, un lugar chic de la Caracas de entonces. Pero él, joven, prefería marcharse por el bulevar de Gradillas a San Jacinto. En la segunda esquina, una cervecería popular congregaba a jóvenes que discutían con vehemencia o escuchaban atentos y críticos algún poema leído por un compañero, Fernando Paz Castillo, Rodolfo Moleiro, Vicente Fuentes, Pedro Sotillo, Jacinto Fombona Pachano. Nació la «generación» intelectual de 1918. Allí, también, de tarde en tarde, llegaba un caricaturista y poeta, periodista humorístico. Hombre de gran nobleza, sencillo hasta cordializar fraternalmente con los poetas que se iniciaban. Era Leoncio

Martínez, «Leo». Se emocionó con un poema de Garmendia y lo publicó en su semanario: *Fantoches*. Se titulaba: «A la ceiba de San Francisco»⁴.

Día tras día, por algún tiempo, en *El Universal*, fue creciendo la relación amistosa entre Julio Garmendia y Jesús Semprum. El crítico zuliano le prestó libros valiosos, le dio consejos, lo animó a seguir escribiendo. Ya Julio Garmendia había concluido tres o cuatro de las narraciones que integrarían su primer libro. Semprum se marchaba a Nueva York. Garmendia le envió una copia de aquellos cuentos, entre ellos, *El Alma*. Jesús Semprum los leyó con atención. Y apenas en conocimiento de una parte del libro, escribió el certero prólogo que desde entonces acompaña las ediciones de *La tienda de muñecos*. Finalizaba 1922.

A comienzos de 1923, Julio Garmendia decide marcharse a Europa. Durante diecisiete años, las capitales del viejo mundo lo vieron transitar silencioso por sus calles. Primero, Roma. Allí estaba César Zumeta como Ministro de Venezuela. Luego, a los tres meses, París. La amistad con algunos venezolanos, entre ellos Alberto Zérega Fombona.

Zérega demostró simpatía por el escritor recién llegado. Un día estaban concluidos ocho cuentos extraños. Julio Garmendia mostró a sus amigos aquellos textos. Hubo emoción. Zumeta había sido trasladado como Ministro de Venezuela a París. Zérega mostró los relatos al ensayista. Zumeta quedó bien impresionado y manifestó su deseo de expresar por escrito el impacto que le había producido la lectura. Y le escribió una carta que se convirtió en segundo prólogo, inseparable de *La tienda de muñecos*, como las páginas de Jesús Semprum.

Un intelectual de gran condición humana, dirigía la editorial Excelsior de París. Era Ventura García Calderón. Zumeta mantenía amistad con el peruano. Un día se presentaron juntos Alberto Zérega Fombona, César Zumeta y un silencioso y tímido joven: Julio Garmendia. De inmediato comenzó la edición del libro: *La tienda de muñecos* (1927).

Garmendia permaneció seis años en la capital francesa. Por algún tiempo fue Agregado Civil *ad honorem*, en la Legación de Venezuela. Cargo en el que, por cierto, lo reemplazó otro joven cuentista recién llegado a Francia: Arturo Uslar Pietri. Era 1929. Garmendia fue designad Cónsul General de Venezuela en Génova. Transcurrieron siete años de residencia en la bella ciudad. Tiempo de lecturas intensas en francés e italiano. De todos los autores, uno seguía identificándose más a

fondo con aquel espíritu callado y propenso a la exactitud de las palabras: Paul Valery.

Desde 1936 Europa comienza a denunciar síntomas de convulsión. El ambiente va tensándose. Es la segunda preguerra. Garmendia viaja durante dos años por algunos países de Europa.

11 de marzo de 1938. Desde las 5:30 de la mañana, el aire de Viena comienza a enturbiarse de ruidos insoportables. Hitler ha ordenado la ocupación de Austria. Los aviones alemanes ronronean sin pausa. Los vuelos rasantes atruenan. Las tropas entran a ocupar la ciudad por la noche. Hitler proyecta una entrada triunfal para el día 14. En menos de 24 horas son detenidas setenta y ocho mil personas⁵. Judíos austríacos, extranjeros, ciudadanos de todas partes, emigran y colman las estaciones ferroviarias. Todos los trenes se marchan abarrotados. Ante el hacinamiento en los pasillos de la estación, ante aquel ruido persistente de motores, de aviones en picada sobre la ciudad, Julio Garmendia, amante de la paz y de los árboles, de los animales y el silencio, opta por pedir un boleto para el único país hacia donde los trenes iban sin pasajeros: Alemania. Es un viajero solitario. Lo rodean soldados nazis que revisan perplejos su impecable documentación de venezolano. Durante algunos meses vive en Alemania. Un día, en la estación de Hamburgo, mientras espera un tren que lo transporte fuera, escucha resonar botas y tambores. El desfile atraviesa la ciudad. Hitler anda de visita. Don Julio ve pasar una disciplinada pesadilla en el duermevela de la espera. Al fin llega el expreso.

En Copenhague, por el paseo de la Sirenita, recordando a Hans Christian Andersen, Julio Garmendia va, como por el aire, mirando árboles y rostros, detectando fantasmas en la brisa. De pronto escuchó que las emisoras de radio aumentaban el volumen hasta la estridencia. Era el 3 de septiembre de 1939. Las 12:06 md. Desde la Cámara de los Comunes en el Parlamento Británico, Chamberlain anunciaba al mundo la declaración de guerra contra Alemania. Dos días antes los nazis habían ocupado Polonia.

Julio Garmendia toma un barco y se marcha por los fiordos hacia Noruega. Desde el puerto de Bergen proyecta embarcar hacia Venezuela. El mar está infestado de submarinos. Puede más la nostalgia de su tierra. Regresa.

En Caracas, a comienzos de 1940, Julio Garmendia se aloja en un edificio de tres plantas. Es un viejo hotel en el centro de la ciudad. La emoción del reencuentro, el

recorrido por viejos lugares, próximos a la juventud. La caminata infatigable por San Francisco, la Ceiba, los cocuyos, la ciudad apacible de las tardes, algún crepúsculo asociado a memorias de infancia larense, todo confluye a sacudir sus interioridades golpeadas. Siente el lenguaje propio con una sonoridad perdida, ajena a la dulzura musical de Génova, despojada de agudos franceses. Y durante once años mira, observa, anota, pule, rehace. Al hotel van llegando políticos de provincia, estudiantes universitarios, símbolos de una rebeldía de otros tiempos. Un general y sus hijos, rodeado de amigos tertuliantes; piezas claras u oscuras de un ajedrez político: burócratas en busca de empleo, hombres importantes que todo lo saben, lo intuyen o lo inventan; crisis de poder que no se cumplen, vaivén de seres y rostros, deterioro de una casa que va consumiendo su esperanza de sobrevivir a la picota de las demoliciones. No puede escribir una novela porque en él gravita aún la frase leída en el París de Valéry: «La princesa salió a las cinco de la tarde». Tampoco podría escribir algo semejante. Su espíritu almacena y ordena memorias pero las selecciona y únicamente va dejando allá, en lo recóndito, lo que realmente vale la pena recordar para contarlo luego. Así fue naciendo un segundo libro, a veinticuatro años del primero. Esta vez se llamaría *La Tuna de Oro* (1951).

Pero en los años del regreso a Caracas, desde 1940, también hubo de nuevo la tertulia con amigos intelectuales. Eduardo Michelena lo recuerda casi inmediatamente después de su retomo. Ahora las tertulias eran en la fuente de soda del Ritz, de Principal a Monjas.

Al año siguiente llegó a Caracas Julio Garmendia. Era del grupo de Augusto Mijares, Pedro Sotillo, Fernando Paz Castillo, Rodolfo Moleiro, etc. pero se había ido a Europa y había pasado como dieciséis años entre Alemania, Francia, Austria, Dinamarca e Italia. En los últimos años fue Cónsul en Génova. Muy importante y muy grata adquisición hicimos con la venida de Julio. Un ingenio y un artista de mucha originalidad (...) Tiene Garmendia, además, perfecta armonía entre su obra, su trato personal y su vida. En él siempre el epigrama agudo, la reacción fina, la interpretación humorística, la observación, el modo apacible⁶.

Transeúnte imperceptible por Caracas, introvertido y jovial, caballeroso y fino, pero también sutilmente irónico en la sonrisa que le despierta una ciudad maquillada de cemento armado, almacena nuevas vivencias, conversa con exiguos interlocutores. Padece nostalgias por amigos de la infancia: un oso de la pedrera, un loro, su mejor

amigo. Mira llegar seres aventados por aquella guerra cuyo preámbulo aterró sus ojos hasta apagar la ternura observadora por Europa: italianos, portugueses, alemanes, españoles, seres mirados tal vez en algún vagón abordado de prisa. Estas, las materias con las cuales vienen creciendo tres nuevos libros de cuentos, para editarlos algún día, porque él sabe que mientras un libro no sale a edición es algo propio, se acaricia con afecto, es de uno, de lo de adentro, se puede contemplar como a un amigo. Cuando queda impreso, termina por volverse ajeno, toma distancia, se independiza. Hay que esperar.

Sus solitarios paseos de atardecer han terminado por hacer parte de una leyenda. Algunas tardes, la caminata concluye en el Parque Carabobo. Mira los árboles. Observa como sin ver a la gente. Atraviesa la avenida llena de prisas y automóviles. Y de pronto, casi va desapareciendo por la menuda puerta de una librería de nombre poético, evocador de las luciérnagas que dialogan con él, alrededor de la Ceiba de San Francisco, en su juventud de recién llegado. Allí, en la librería, escucha más que habla, apunta a veces una frase de humor, siempre muy delicado; puede que alguna tarde acepte la copa de vino bordelés, una sola forma de sentir por dentro cierto dulce aire de remembranzas perdidas por algún bulevar de París. En la tertulia oye o responde, opina con palabras tan leves que apenas si alguien repara cuando desaparece como llegó, con la discreción de quien no gusta hacer notable su ausencia con la despedida. Hasta hoy.

LA OBRA. Julio Garmendia ha publicado solamente dos libros hasta ahora. En ellos se contienen dieciséis cuentos. Tiende a concebir volúmenes pequeños, no mayor de ocho el número de las narraciones integradas. Así fueron organizados. *La tienda de muñecos* (1927) y *La Tuna de Oro* (1951)⁷.

Tal vez el hecho de haberse mantenido al margen de escuelas y grupos literarios, por razones de modestia y temperamento, había privado a Julio Garmendia del lugar que le corresponde, con toda justicia, en la narrativa hispanoamericana de este siglo. En efecto, sus contactos «generacionales» con los poetas de 1918 estuvieron signados más por la amistad que por absoluta identidad estética. Garmendia pertenece todavía a esa estirpe de escrupulosos labradores de su lenguaje artístico. El reconocimiento virtual de su obra, respecto al primer libro, quedó muy limitado. Con la publicación del segundo volumen, *La Tuna de Oro*, los méritos le fueron reconocidos. Obtuvo el Premio Municipal de Prosa. La crítica se ocupó de él con más atención. Valiosos comentarios fueron escritos por Alexis Márquez Rodríguez,

Juan Liscano, Oscar Sambrano Urdaneta y otros. Posteriormente, las nuevas generaciones intelectuales, de 1958 en adelante, reconocieron en él a un gran maestro de la narración fantástica.

Hoy es un hombre rescatado por el afecto de muchos amigos suyos y por quienes, sin haberlo frecuentado en lo personal, se han convertido en lectores asiduos de su obra.

LA TIENDA DE MUÑECOS. Cuando este pequeño volumen apareció editado en París, en 1927, ya Julio Garmendia había dado a conocer algunos cuentos en *Cultura Venezolana*⁸. Y por lo menos cuatro de ellos estaban escritos desde 1922, antes de su viaje a Europa.

El libro significó una verdadera sacudida de lo que era, para entonces, el arte de narrar en Venezuela. Los temas y las técnicas de la ficción nacional seguían muy apegados al realismo y a su hipertrofia criollista. Ese año de 1922 había aparecido en Caracas la primera edición de *Cuentos grotescos*, de José Rafael Pocaterra. Desde 1913, Rómulo Gallegos había señalado el camino de continuidad por el criollismo, con su volumen de cuentos *Los aventureros*. Eran pues las tendencias dominantes.

La ironía intencional de Julio Garmendia se dejó sentir respecto a la chatura de realismo y criollismo repetitivos, en su *Cuento ficticio*. Este relato constituye una Poética del escritor:

Hubo un tiempo en que los héroes de historias éramos todos perfectos y felices al extremo de ser completamente inverosímiles. Un día vino en que quisimos correr tierras, buscar las aventuras y tentar fortuna, y andando y desandando de entonces acá, así hemos venido a ser los descompuestos sujetos que ahora somos...

La tienda de muñecos. Cincuenta años después

"Al volver la última página se pregunta uno si no es usted, mi querido Garmendia, «el personaje del más inverosímil de los cuentos". Nunca imaginó César Zumeta, al escribir esas frases en la *Carta Preliminar* que abrió la primera edición de *La tienda de muñecos*⁹, el valor premonitorio de ellas. A cincuenta años de la primera edición del libro, siguen vigentes.

La carta estaba fechada en Roma en 1926. El volumen impreso aparecía en París un año después, en la editorial Excelsior. Pasados cuarenta y un años, un joven narrador venezolano, en vísperas de ser consagrado internacionalmente al obtener el Premio Biblioteca Breve de Novela, auspiciado por Seix-Barral, reconstruía emotivamente aquel universo mágico en el que don Julio está sumergido desde su vuelta a Venezuela; me refiero al cuento *El señor*, de Adriano González León¹⁰.

Adriano, al publicar el cuento, lo precedió de una nota que dice así: «Este relato ha sido escrito en homenaje a Julio Garmendia, admirable cuentista cuya obra marca toda una época en la evolución de la prosa narrativa en Venezuela. Es una recreación del amoroso mundo de seres, objetos y vividas fabulaciones que conforman el mundo personal del autor y la atmósfera de sus creaciones»¹¹. Aquí está patente el reconocimiento de toda una generación que gira alrededor de la revista *Sardio* y en la cual, además de González León, estuvieron afiliados Salvador Garmendia, Ramón Palomares, Edmundo Aray, Francisco Pérez Perdomo, Rodolfo Izaguirre y otros. La obra de don Julio había sido escrita con demasiada anticipación para el gusto de los lectores venezolanos.

Cuando escribió los primeros relatos, Garmendia profesaba el periodismo en el diario *El Universal*. Entre sus primeros trabajos literarios aparece un ensayo titulado *Los poetas nuevos*, donde se muestra conocedor de las corrientes postmodernistas y prevanguardistas que tomaban fuerza en el país, luego de la publicación del libro *Áspero*, de Antonio Arráiz¹².

Jesús Semprum, en el prólogo a *La tienda de muñecos*, afirma que:

*Entró a trabajar en el diario no por necesidad ni por ambición política, como los demás, sino por vocación desinteresada. Entre nosotros, la estrecha puerta del periodismo es la única que conduce a la literatura. Pero lo más curioso es que el periodismo no le marchitó su juvenil amor a las letras puras, ni su preocupación por la claridad y el orden, ni el humor sarcástico, que son las cualidades literarias que resaltan en su temperamento*¹³.

Concluye la redacción del libro, en una Europa sacudida de futurismo y surrealismo, una Francia tiranizada intelectualmente por Anatole France y André Gide, un París que comienza a descubrir a los realistas rusos y que brinda sede a la tertulia de los furibundos norteamericanos en la casa refinada —y a veces también hosca— de Gertrude Stein¹⁴. Mas don Julio vive y escribe en el silencio de un mundo construido para fantasear o para emprender una larga aventura de exploración por el país del cuento azul, y para leer a Paul Valéry.

Cultura Venezolana había insertado anticipos de *La tienda de muñecos*¹⁵. Pero aquel volumen precedido de los dos certeros elogios de Semprum y Zumeta, integrado por ocho narraciones, cala en una Venezuela sobresaltada de vanguardia, famélica de ultraísmo, convaleciente de un criollismo hipertrofiado que había herido de muerte a la narrativa, aun entre los propios modernistas. En la cuentística nacional comenzaban a sonar los nombres de Carlos Eduardo Frías, José Salazar Domínguez y Gabriel Bracho Montiel. Los tres con un lenguaje espeluznado de metáforas, continuaban más o menos fieles —en la temática— a manifestaciones de realismo rural. Entre este momento y la aparición de *Barrabás y otros relatos*, de Úslar Pietri —donde los temas salen a buscar otros itinerarios— aparecía el libro de don Julio. Libro destinado en la prosa de ficción, a la misma suerte que la poesía de José Antonio Ramos Sucre: esperar la madurez de lectores que exigiesen un ritmo más ágil, un lenguaje más directo y coloquial, donde la ironía punzara los pequeños globos escandalosos de adjetivos.

Al regresar de Europa, Garmendia comienza en Caracas a realizar la misma vida en que sus amigos lo encuentran desde entonces y que Adriano González León ha evocado en su cuento. Se encuentra en su habitación del hotel, tan parecido a *El cuarto de los duendes*. Su silencio no es simple: está escribiendo y madurando un

segundo libro —*La Tuna de Oro*— que apenas aparece editado en 1951, por Ávila Gráfica de Caracas. El primer cuento, que da nombre al volumen, recrea ese pequeño hemisferio de los hoteles modestos. Obtiene el Premio Municipal de Prosa. La gente empieza a preguntarse quién es, o a recordar aquel autor que había enmudecido por tantos años. Pero nada hace que el caballero solitario rompa el mutismo y, menos todavía, que él presuma de todo cuanto está encerrado en ambas obras. Don Julio sigue callado. El Ministerio de Educación reedita entonces *La tienda de muñecos* (1952). Los lectores extenuados de las mismas metaforizaciones —más herméticas— de tragedias campesinas descubren en Julio Garmendia la dimensión remota de lo fantástico, las atmósferas narrativas que reemplazan a los ambientes estáticos; los personajes, desdibujados en lo externo pero dotados de una carga de humor que desliza por el doble filo de unas palabras manejadas con sorprendente economía.

La revalorización empezaba a ser ejercida en comentarios elogiosos de Alexis Márquez Rodríguez, Oscar Sambrano Urdaneta y Juan Liscano¹⁶. *Sardio* toma la iniciativa del reconocimiento y la justicia. Entre los escritores jóvenes, Julio Garmendia y José Antonio Ramos Sucre debían ser los grandes rescatados. Un nuevo lenguaje para el poema y el cuento permanecía latente. Ahora cobra relieve de afinidad con la búsqueda de los escritores incipientes: el ajuste de los tonos, la sobriedad de significados sugeridos en formas directas; la narración en primera persona, capaz de interiorizar situaciones y apta a borrar las omnisciencias vanidosas de los autores tradicionales. Se había producido un hallazgo en la revisión iconoclasta de nuestros valores.

La tienda de muñecos representaba, en el momento de su aparición, una verdadera sacudida hasta las raíces de lo que era para entonces en Venezuela el arte de narrar. Tanto los temas como las técnicas que comenzaban a ser tradicionales dentro de una estrecha concepción del realismo, no es que se omitirían en el libro, sino algo más serio: quedaban inteligentemente ironizados en esa como estética personal que don Julio incorpora en *El cuento ficticio*.

Los estilos y las técnicas de vanguardia, entendidas como una hipertrofia de imágenes presuntamente oníricas y expresadas en telaraña infinita de metaforizaciones, al poco tiempo deberían declinar para cederle el paso a un retomo hacia los temas regionales, pero por vía de un estilo de sugerencias próximas a lo mágico. Estas eran las constantes de época en 1927. Julio Garmendia tampoco se

adentró por esa ruta. Ni el lenguaje, ni la temática, ni la técnica de sus cuentos debían nada en concesiones a los dos grupos en pugna. Jesús Semprum, crítico por antonomasia del Modernismo, se había quedado en una intransigencia acusadora y un dogmatismo apegado a la corriente criollista. Esto explica que un año después de su carta-prólogo inserta en *La tienda de muñecos*, fustigara ácidamente el brote vanguardista de *Válvula*. No obstante, con relación a Garmendia, supo captar la validez de contenidos y la finura humorística que integraban la geometría secreta en el arte de don Julio. Por eso afirmaría que: *"Julio Garmendia no tiene antecesores en la literatura venezolana"*. Y agregaba adelante: *"Lo que ha escrito Garmendia son cuentos fantásticos, divagaciones desenfadadas, en las cuales nos presenta personajes que son nuevos porque el autor les asigna rasgos peculiares, pero que tienen una dilatada parentela en el mundo de los libros"*¹⁷. Ambos juicios eran para entonces de estricta validez y conservan actualidad en lo sustancial. Por eso resulta atrevido triplicar opiniones sin caer en la repetición valorativa apuntada ya en este crítico y en César Zumeta. Hay que limitarse, entonces, a señalar algunos elementos de lector de hoy y nada más.

En cuanto a antecedentes, tal vez el único autor venezolano que modeló personajes cercanos en su humorismo y en ironía escéptica a las criaturas de don Julio, fue Pedro Emilio Coll; pero la carga erudita del ensayista empañaba algunas veces las dotes innegables de un narrador. *El diente roto*, por ejemplo, bien pudo ser un debutante de los muñecos alineados con gracia en la galería de don Julio. Pero en este hay un instrumental de escritura, un incesante exprimir ambigüedades humorísticas en las palabras, que faltan a Pedro Emilio Coll.

Ese juego de lo ambiguo, arma de doble filo del cuentista fantástico, llega a ser el secreto profesional mejor guardado en sus constantes expresivas por don Julio Garmendia. La habilidad y oportunidad con que lo administra es lo que invita a sonreír al lector y lo que salva al humorista de caer en la vulgarización de la risa áspera. El tono de sus narraciones va ciñéndose en la construcción a ese mecanismo tan efectivo que puede tomar las situaciones trágicas en una hilaridad refinadísima. El lenguaje del narrador de primera persona comienza por enseriar el rostro para contar el desarrollo. Así, por ejemplo, en *La tienda de muñecos*, donde las figuras de aserrín y trapo, colocadas en ordenado desfile de especies morales, no son tocadas por el narrador, porque *"desde pequeño se me acostumbró a mirarlos con seriedad"*. Al producirse la muerte del abuelo, el padrino acostumbra a los muñecos *"al principio de autoridad y el respeto supersticioso al orden y las costumbres"*.

establecidas desde antaño en la tienda". Hasta ese momento el lector ha recorrido tres tiempos fundidos en un solo hilo conductor de la acción y avanza sin descubrir la ironía emboscada en el solemne manejo de las frases. Pero cuando el cuento llega a su cúspide, con el monólogo del padrino agonizante, y cuando todos esperan el desenlace melodramático, don Julio libera el pequeño detonante del humor: "*Confundo los abogados con las pelotas de goma, que en realidad están muy por encima*". Los ojos se acostumbran a la penumbra risueña de las ambigüedades, que precipitan en sucesión de figuras materializadas, ya no en calidad de muñecos, sino como especímenes de una fauna social que van a recibir todo el impacto de la carga irónica siempre cautiva en la doble significación de cada palabra. Por eso, en una caja, se encierra "*cantidad de sabios, profesores, doctores y otras eminencias de cartón y profundidades de serrín que ahí se han quedado sin venta y permanecen en la obscuridad que les conviene*". En la segunda edición (1952), se interpolan "*deseables muñecas de porcelana, que se colocan siempre con provecho*". La intención pacifista del autor no deja que transcurran sin calificación los guerreros, "*a quienes debemos largas horas de paz. Nos han dado buenas utilidades. Vender ejércitos es un negocio pingüe*". Pero el bifurcarse significativo de las expresiones alcanza su máximo grado de fuerza en el mismo cuento cuando Heriberto, el amanerado dependiente, llora desconsolado en la trastienda y es reprendido por el padrino: "*Heriberto (...) no tengo más que repetirte lo que tantas veces te he dicho: que no atiples la voz ni manosees los muñecos*". Y así se justifica técnicamente que, en el final, el narrador vea morir al padrino para quedar atrapado en la doble sorpresa de los brazos de Heriberto que vienen hacia él para estrecharlo y escuchar que dice: "*¡Estamos solos! ¡Estamos solos!*"

El recurso de la doble vertiente significativa en un mismo significante reaparecerá en los demás cuentos; unas veces, como desdoblamiento cabal del personaje —*El difunto yo*—. Otras, de modo parecido al de *La tienda de muñecos*, pero mediante el uso de los personajes literarios para trazar indirectamente un cuadro pesaroso de miserias humanas: *El librero*.

El difunto yo, por cierto, fue elaborada a partir de un tópico literario que ya había sido trabajado por Dostoievsky y Maupassant, para entrar en la vulgarización de los dibujos animados con los robots que sustituyen al niño en la hora de ir a la escuela o de ingerir medicinas; invade también «el universo de la ciencia ficción» y, recientemente, ha sido materia para un cuento estructurado con la misma fuerza de humor —como lo trató Garmendia en 1927—, por Susan Sontag: *Doble, triple*¹⁸.

La *Narración de las nubes* —que tanto gustó a Zumeta—, trazado en capítulos largamente rotulados como las novelas de folletín, contiene otra vez la constante lúdica de lo ambiguo. Primero, cuando el narrador reconoce que *"fui siempre muy sensible a la vista de enaguas en los aires"*. Más intensamente, cuando las enaguas abultadas por el viento, dialogan con el narrador: *"estábamos ansiosas de respirar el aire puro"*, luego cuando la atmósfera de erotismo gira alrededor de una diosa Fortuna —hecha de nubes— y, finalmente, para portar con ironía una idea religiosa —*"yo daba gracias a Dios por los beneficios derramados sobre mi cabeza durante la lluvia"*—, para reaparecer en esa inversión de psicologías entre un diablo tímido y un hombre "desalmado" que se somete a la prueba de la existencia de su alma y que, sabedor anticipado de que no la tenía, acepta aquella transacción de compra-venta, en la cual, él sabía que el diablo se ocupaba "desde atrás", probablemente como un modo de burlar la peripecia fantástica y, simultáneamente, para jugar al engaño del diablo, pobre diablo tímido e ignorante hasta de la topografía del más allá; y no sabemos hasta dónde la ironía invade también el propio trajinado tema de literatura satánica.

Además de los recursos de lenguaje y de la técnica ya apuntados, en *La tienda de muñecos* don Julio incorporaba por única vez su cosmovisión literaria, su modo de entender la estética de lo fantástico, en el disimulado manifiesto del *Cuento ficticio*. Cifrado el argumento en el absurdo de lo real, reaccionaba de paso, con ironía contra los *personajes voluminosos*, es decir, *"los que en gruesos volúmenes se arrellanaban cómodamente y a sus anchas respiran en un ambiente realista"*. Era nada menos que un aguijonazo al corazón de la literatura venezolana imperante en 1927. El cuento es una incitación a los narradores para que regresen y acepten las leyes del juego de la ficción, olvidadas desde los tiempos del naturalismo y el verismo. Por eso, el personaje narrador de esa aventura sabe que:

Un día vino en que quisimos correr tierras, buscar las aventuras y tentar la fortuna; y andando y desandando de entonces a acá, así hemos venido a ser los descompuestos sujetos que ahora somos, que hemos dado en el absurdo de nos ser absolutamente ficticios y de extraordinarios y sobrenaturales que éramos nos hemos vuelto verosímiles, aun verídicos y hasta reales...¹⁹

Si hoy hubiera necesidad ineludible de filiar a don Julio, por sus concepciones, lo hallaríamos seguramente más próximo al grupo de narradores que arranca de

Roberto Arlt y Felisberto Hernández, para desembocar en Borges. Esa fue su aportación básica y esa también la razón de que por tantos años hubiera permanecido al margen de los escándalos literarios que, por lo demás, a él lo han tenido siempre muy sin cuidado. Haber señalado el vicio de la chatura en los estilos de los escritores que reptaban por el realismo, en aquellos años, era sencillamente una temeridad. Si no llega a la fuerza acusatoria de Cortázar, parecería que Garmendia hubiera vislumbrado con muchos años de anticipación, lo que el argentino de los cronopios dejaría caer luego en el anatema de *La vuelta al día en ochenta mundos*:

Una de las pruebas del subdesarrollo de nuestros países es la falta de naturalidad de sus escritores; la otra es la falta de humor, pues éste no nace sin naturalidad. La suma de naturalidad y de humor es lo que en otras sociedades da al escritor su personería²⁰.

Y podría verse cómo muchos de los procedimientos del absurdo en el estilo de Cortázar arrancan de manipulaciones del lenguaje, muy parecidas a las de Julio Garmendia, por la vecindad admitida de él con «el maestro Macedonio Fernández», Felisberto Hernández y el propio Arlt que ya fueron citados. No importa que en Cortázar las ironías lúdicas de las palabras él mismo las califique como correspondencias argentinas y Garmendia sin clasificarlas, hubiera descubierto ese procedimiento y lograra ponerlo a funcionar con eficiencia en el centro de sus relatos. Obsérvese, simplemente, la ambigüedad o correspondencia —y estoy tentado a llamarla polisemia, con toda pedantería— que establece Cortázar:

El problema lo resuelve Teodoro W. Adorno saltándome aviesamente sobre las rodillas con los consiguientes arañazos, porque mientras juego con él me olvido de las memorias y en cambio me gustaría aclarar que su nombre no le ha sido dado por ironía sino por el regocijo infinito que nos causan a mi mujer y a mí ciertas correspondencias argentinas²¹.

Teodoro W. Adorno, recuérdese que funciona de modo ambivalente a lo largo de *La vuelta al día en ochenta mundos*, como gato doméstico y como el citado y saqueado sociólogo a que todo respetable columnista se sentía obligado a citar en la Argentina, para presumir el conocimiento de la Escuela de Frankfurt.

Don Julio Garmendia está en su dimensión propia, construida con baúles y viajes de donde saltan sueños; ahí permanece inmerso, ausente; en menuda mesa deben estar

guardados los otros cuentos, los que aún lee y revisa con escrúpulo alquimista. En cincuenta años de faena, de lucha diaria por sacudir memorias y aprisionar duendes, don Julio no ha perdido nunca ese estado de gracia, tan suyo, en que para escribir le faltan luz y horas, para publicar siempre sobra tiempo, y no por temor, por humildad tal vez, jamás por desencanto.

Mérida, 1970

Carta de César Zumeta

En las anteriores ediciones de *La tienda de muñecos*, la Carta de César Zumeta a Julio Garmendia se encontraba en los prólogos bajo el título de «Carta preliminar». Por razones didácticas para esta colección, se la ubica al final, como epílogo.

Querido Garmendia:

Refiere usted las aventuras de alguien que por socorrer unas enaguas que se iban por los aires, se fue naturalmente a las nubes, en donde, acurrucado en el vientre de una de ellas, se le disiparon la persona y los años vividos hasta que la brisa lo devolvió, recién nacido, a la tierra. Luego presenta usted al personaje del «Cuento inverosímil» que reivindica su indiscutible preeminencia respecto de los héroes de historias verosímiles y ordinarias. Emplea usted una noche entre nuestros amigos los duendes y, a poco, tienta usted al Diablo y logra hacer, a costa de él, un viaje de ida y vuelta hasta las puertas del cielo. En seguida tiene el espíritu suyo que mudarse de su propio cuerpo, porque lo desaloja su doble, su «otro yo», y de toda esa gente ficticia para usted, sin duda reencarnado, a la gente ficticia agolpada en una «Tienda de muñecos».

Al volver la última página se pregunta uno si no es usted, mi querido Garmendia, el personaje del más inverosímil de los cuentos. Sucede que entre lo que tenemos de distintivo los venezolanos está el hábito de ahogar en zumba lo serio o lo tedioso. Si en París todo concluye o concluía en canción, allá todo remata en chiste o epigrama. Cultivamos sin descanso el arte sutil de embromamos; pero a no ser en prosa o verso festivos y fáciles, o entre dardos y agujijones nada áticos de polémica, historia y crítica «rotativas», ¿quién oyó nunca revolver la abeja en nuestras letras? Y ahora la sonrisa de usted viene al romper aquella flagrante y pertinaz contradicción entre lo que se escribe y lo que se habla en Venezuela, entre lo campanudo de aquello y lo chispeante y retozón de esto.

No cabe en esta carta la averiguación del origen de tanta solemnidad y compostura, real o convencional en lo escrito. Sobran motivos, sin duda, y no es ocioso buscarlos, para que la sonrisa se haya mantenido inédita entre nosotros, hasta cuando fue caso de reír el de que adaptáramos al modo clásico el tono romántico y otros más recientes tonos literarios. No es difícil explicar por qué la risa y la familiaridad que han llegado al teatro, a la novela y al periódico, han sido, aparte las obligadas confirmaciones de la reglas callejeras, desafortunadas o desapacibles.

El diputado que al grito de «muramos como romanos» del 24 de enero, contestó: «Yo soy del Guárico», fijó en nuestros anales parlamentarios el hondo sentido de aquel hábito zumbón y jaranero que, lejos de denotar superficialidad, o de ser siempre trivial o maligno, expresa aquel sano desenfado optimista que le deja al Tiempo el cuidado de remediar lo remediable, y le pide al segundo que pasa una canción de salud y de esperanza. Esta disposición crítica que, sin excluir el acto necesario, mide serenamente el esfuerzo requerido, y ni teme que toda ráfaga de tormenta hunda el barco, ni cree que todo indicio de costa en lontananzas es puerto de gracia, viene a ser una valiosa reserva de buen sentido y aun de conciencia colectiva.

Con esta sensibilísima flema tropical nos lleva usted en amable viaje por el tan olvidado, viejo y siempre nuevo país de lo azul, donde todo nos comprueba la engañosa fantasmagoría de lo real y la generosa realidad de lo ilusorio y de lo fantástico. Es al doblar la última página cuando vuelve uno a sentirse en el cautiverio de Realilandia, en la perpetua Tienda de Muñecos, o de títeres, que es la Vida desde antes de que el primer Adán tuviera andanzas con la primera Eva; tienda en la cual cada ser animado goza precisamente del mismo ilimitado albedrío de la buena dama que, al acabar de escribirle al primo Basilio regañándolo por haber osado darle cita galante, sale derechamente a acudir a la cita pecaminosa, llevada por la misma fuerza «que mueve al sol y las demás estrellas».

Y burla burlando recuerda usted que no hay otro refugio contra el tropel del inevitable muñequismo, sino las nubes; ni más prometedora ciencia que la que, mientras se cumplen lentas y sabias evoluciones reales, nos enseña a ver en lo Azul, destacarse de la rolliza y mofletuda Aldonza, olorosa a ajos, la lírica Dulcinea, sabrosa a ambrosía.

Siempre fue útil, pero rara vez tanto como hoy, decirles sonriendo a los que abominan de la fantasía porque esteriliza, dicen, la acción o le resta fuerzas, que las nubes sirven para algo más que regar sementeras: que de una radiante niebla

original viene cuanto se palpa y existe, y de las nubes vino, recién nacida, la Fábula con el regalo de sus mitos, y pobló de divinidades cielos y tierra: que hijos de la Fábula son todos los personajes surgidos de la mente del hombre asilado en las nubes, y que, divinos o no, son ellos los que, hechos idea o símbolo, han moldeado y moldean civilizaciones; los que guían razas y pueblos y los sobreviven; flotan, ellos no más, sobre las edades y son el alma de la especie.

Los muñecos olvidan que el acto esencial es la Idea y, después de 1914, sopla en la Tienda, por el mundo todo, un vendaval de aquella impertinencia y fachenda, ahora llamada «esnobismo», que barre a granel la escoria moral y mental de los autómatas hacia la región de la crónica menuda y mundana, hacia los lindes del escándalo o del presidio. Vaga, ciega, fatalmente, a lo que aspiran sin presentirlo los engreídos, es a pasar por personajes de cuento inverosímil, a poder conversar amigablemente con un Diablo asequible, de buena pasta, y a aprender a librarse, o a condolerse, o a reírse de ellos mismos.

Como el mecanismo de unos muñecos es más complicado que el de otros y el de los impertinentes es demasiado simple para permitirles lanzarse escoteros por los aires, ni crear diablos que no tengan la misma contextura satánica de ellos, hay que dejarlos en las nubes de cartón o de pergamino de feria y quizás no sea dable ni siquiera enseñarles a verse risibles.

Pero la ironía de usted no ha de ser golondrina ingrima, sino presagio del temperamento de una generación risueña, vigorosa, resuelta a desanimar a los imitadores y copistas, y a exigir, al fin, y a dar, como lo hace usted, substancia original en molde propio.

Consiéntame decirle que se han hecho ustedes esperar.

César Zumeta

Roma, 1926

Cronología

1898 Nace el 9 de enero en El Tocuyo, estado Lara, en la hacienda «El Molino». Sus padres fueron el doctor Rafael Garmendia Rodríguez y doña Celsa Murrieta.

1901 Muere la madre el 8 de mayo.

1903 Es trasladado, junto con su hermano Marcial, a Barquisimeto, donde vivió con su abuela materna, doña Celsa de Murrieta. Estudió en el Colegio «Barquisimeto», donde Ramón Wohnsiedler se desempeñaba como asistente del rector y como docente en la materia de Moral y Religión.

1912 Su padre es electo Presidente del estado Lara y del estado Yaracuy.

1913 Continúa sus estudios secundarios en el Instituto que será más tarde el Colegio La Salle de Barquisimeto. Poco después, es colaborador en el diario vespertino *El Eco Industrial* donde publica un ensayo cuyo tema es la patria y la madre, reproducido luego en *El Impulso* de Barquisimeto (1913) y en *El Universal* (1915).

1914 Muere su abuela el 24 de diciembre. En su memoria escribe *El jazmín*, poema por el cual sentía especial deferencia.

1915 En el mes de marzo, se traslada con su padre a Caracas donde realiza cursos en un Instituto de Comercio. Empieza luego a desempeñarse como redactor en *El Universal*.

1918 A partir de esta fecha y hasta 1922, escribe la mayor parte de sus 29 poemas conocidos. Publica diversas crónicas, relatos y poemas en *Actualidades*, de Caracas.

1922 Inicia sus colaboraciones en El Heraldo, de Caracas, y publica allí sus «Opiniones para después de la muerte» y algunas crónicas. Inicia también sus colaboraciones en la revista *Billiken* de Caracas. Establece una cordial amistad con el

crítico Jesús Semprum. Comienza a trabajar en el Ministerio de Fomento, probablemente en el Departamento de Inmigración.

1923 Primeras colaboraciones en *Fantoches* y en *Variedades*. Viaja a Europa, para asistir como Consejero Técnico de la Delegación de Venezuela a la Conferencia Internacional de Emigración a celebrarse en Roma. La estadía, planificada para durar unos tres meses, se transformó en una ausencia de 17 años. En Roma conoce a César Zumeta, quien ejerce el cargo de ministro de Venezuela. Viaja a París a los tres meses, donde se radicará durante seis años. Es Agregado Civil *ad honorem* en la Legación de Venezuela. Inicia su amistad con Alberto Zérega Fombona.

1927 Aparece la primera edición de *La tienda de muñecos*, editada por Ventura García Calderón en la casa hispano-francesa «Excelsior».

1928 Es designado Secretario de la delegación de Venezuela ante la IX Asamblea de la Sociedad de las Naciones, en Ginebra.

1929 Es designado Cónsul General de Venezuela en Génova, donde permanecerá durante siete años.

1936 Deja el Consulado y se traslada a París, donde permanece un año.

1937 Se traslada a Zürich y durante los próximos dos años y medio se dedica a viajar por varios países del continente.

1938 Viaja a Austria y Alemania, en preparativos de guerra, y vive allí durante algunos meses.

1939 Viaja a Dinamarca y Noruega y en el puerto de Bergen toma un buque hacia Nueva York y de allí viaja a Venezuela donde arriba en noviembre.

1940 Se aloja en el hotel Pensilvania, a doscientos metros de la Plaza Bolívar de Caracas. Participa en las célebres tertulias en la fuente de soda del Ritz, en la librería El Gusano de Luz y la plaza Bolívar, entre otros lugares. Continúa su larga amistad con varios de los escritores de la Generación del 28 y otros más jóvenes.

1945 Se muda al hotel Cervantes ubicado en la Plaza España, en la esquina de Punceres.

1947 Conoce a Hilda Kehrig quien fue su compañera inseparable hasta 1977, año de su muerte.

1951 Publica su segundo libro: *La Tuna de Oro*, por el cual obtendrá, al año siguiente, el Premio Municipal de Prosa.

1974 Se publica en Barquisimeto *Tres cuentos barquisimetanos*. Recibe el Premio Nacional de Literatura.

1977 Muere el 9 de julio. Sólo deja dos libros publicados y algunos manuscritos inéditos.

1979 Se publica postumamente *La hoja que no había caído en su otoño*, bajo la iniciativa de Oscar Sambrano Urdaneta, primera recopilación de sus trabajos inéditos.

1984 Se publica *Opiniones* para después de la muerte con relatos, crónicas y poemas inéditos y otros ya publicados en periódicos, también por iniciativa de Sambrano Urdaneta.

1986 Sale a la luz *La ventana encantada* (recopilación y hemerografía de Ramón Querales y Néstor Tablante Garrido), y *La máquina de hacer ¡pu!, ¡pu!, ¡puuu!* y *El médico de los muertos*.

1)

Inserto aquí dos ensayos sobre Julio Garmendia. Pertenecen a momentos diversos. El primero es su biografía. Apareció inicialmente en el libro escrito en colaboración con Oscar Sambrano Urdaneta titulado *Literatura Hispanoamericana. Manual/Antología*. Caracas, Edit. Texto, 1972; vol. 2, pp. 271-278. El segundo fue un Prólogo escrito especialmente para la tercera edición de *La tienda de muñecos*. Mérida, Rectorado de la Universidad de Los Andes, Col. Actual, 1970. ↵

2)

Hasta hace poco era escasa la información biográfica sobre Julio Garmendia. El tesón del profesor Luis Rafael Yépez ha permitido que se completaran algunas referencias. Yépez logró obtener sus datos con familiares y amigos y publicó unas «Notas para una no-biografía de don Julio Garmendia» en: *Imagen*. Caracas 4/18 de enero de 1972 (2da. época), n° 29/30, p. 16. De dicho estudio han sido tomados los nombres de los padres; otros datos, cuando procedan de la misma fuente, se indicará. Posteriormente, en conversación informal sostenida con el gran cuentista, pudimos lograr nuevas referencias biográficas, rectificaciones, revelaciones que pueden contribuir a una biografía de Julio Garmendia. Aquí se consignan por primera vez y queremos dejar constancia de nuestra gratitud al propio autor, más cuando conocemos lo reacio que es a convertirse en protagonista de sus finas pláticas. ↵

3)

Este poema ha sido reimpresso en el n° 29/30 de *Imagen*, edición consagrada en homenaje al gran cuentista. Allí aparecen también ensayos dedicados a su obra narrativa, una hemerobibliografía preparada por Oscar Sambrano Urdaneta, un cuento de Adriano González León, en el que Julio Garmendia se vuelve personaje de ficción. Y además, ensayos y artículos firmados por Manuel Bermúdez, Efraín Subero, Ida Gramcko, Iraset Páez Urdaneta, Juan Liscano, Víctor Salazar, Héctor Mujica, José Vicente Abreu, Domingo Miliani, Edgar Colmenares, José Santos Unióla, Luis Rafael Yépez, Argenis Rodríguez y Elisa Lemer. ↵

4)

Yépez, *Loc. Cit.* 4

5)

William Shire. *Auge y caída del Tercer Reich*. Barcelona, Luis del Caral, Edit., 1967. ↵

6)

Eduardo Michelena. *Vida caraqueña*. Barcelona (España), Industria Gráfica Suñol, 1967, p. 237. ↵

7)

Ahora, por fin, aceptó entregar originales de su tercer libro: *El día de San Marginado*, que publicará Monte Avila Editores. ☞

8)

Cf. Oscar Sambrano Urdaneta. «Hemero-bibliografía de Julio Garmendia», en: *Imagen*, n° 29/30, pp. 14-15. ↵

9)

Esta y las demás citas textuales, por razones de acceso más fácil, van referidas a la 3a ed. de *La tienda de muñecos*. Mérida, Ediciones del Rectorado de la Universidad de Los Andes; la cita de Zumeta, en p. 21. ↵

10)

Publicado en *Actual*. Revista de la Universidad de Los Andes. Mérida, enero-abril de 1968, año 1, n° 1, pp. 51-56. Reinserto en: *Imagen*, Caracas, 4/18 enero de 1972, n° 29/30 (3ra época), pp. 8-9, primer cuerpo. ㄹ

11)

ibid, p. 51. ↵

12)

En: *El Universal*. Caracas, 22-7-1923, n° 5.092. (La referencia es de Raúl Agudo Freites: *Pío Tamayo y la vanguardia*. Caracas, EBUC, Col. Temas, 1969, p. 70, nota 54, al pie.) ᵈ

13)

Jesús Semprum. Prólogo a *La tienda de muñecos*, pp. 21-22. ㄹ

14)

Cf. G. Stein, *Autobiografía de Alice B. Toklas*, Barcelona, Edit. Lumen (Palabra en el tiempo, 21). Y también E. Hemingway: *París era una fiesta*, Barcelona, Seix Barral (Biblioteca Breve), 1964. ↵

15)

En las entregas n° XXXIV y XXXVI, se publicaron *La tienda de muñecos* y *El alma*, respectivamente. ↵

16)

Alexis Márquez, «Julio Garmendia, un cuentista de actualidad». *El Nacional*, 5-6-1952. Juan Liscano: «Julio Garmendia: La Tuna de Oro». En: *Revista Nacional de Cultura*. Caracas, Nov-dic 1951, n° 89. Y Oscar Sambrano Urdaneta: «Julio Garmendia. La tienda de muñecos» en: *Revista Nacional de Cultura*. Caracas, febrero de 1953. n° 96, pp. 251 -253. Cf. Para unas referencias más amplias: Oscar Sambrano Urdaneta: «Hemerobibliografía de Julio Garmendia». En: *Imagen*, n° 29/30, pp. 14-15. ⁴

17)

J. Semprum, ob. cit., pp. 25 y 27. En 1971 Luis Beltrán Guerrero refutaba a Semprum y afirmaba que don Julio «sí tiene antecesores» en Ros de Olano (*El Doctor Lañuela*) y en Luis López Méndez (*La balada de los muertos*), en cuanto a la atmósfera fantástica. Sin embargo, la escritura moderna de don Julio sigue presentándolo como un narrador cuya contemporaneidad hubo de esperar paralelos en Arlt, Borges y Felisberto Hernández. ㄹ

18)

Reproducido en: «Suplemento dominical» de *El Nacional*. Caracas, 28 de diciembre de 1969, pp. 10-11. ↵

19)

El cuento ficticio, p. 37. ↵

20)

Cortázar. *La vuelta al día en ochenta mundos*, México, Siglo XXI Editores, 1967, p. 13. ↵

21)

ibid., p. 13. ㄷ